

Bruno Cinellu **cuentos**

4:42

...LA HORA



Sejo
10
24

EsMeCu editorial

BRUNO CINELLU



Nace en 1966 en San Miguel de Tucumán, Argentina. De profesión Arquitecto, de naturaleza emprendedor. Se vinculó a las artes a través de la fotografía. Antes de **4:42 ...La Hora**, publicó: **Mandarinas al Sol** (2022) y **Palabras para Navegar** (2023) participando también en diversas antologías. Recientemente participó en la Noche de los Museos (en el museo del Club A. San Martín), con sus "Escritos Sanmartinianos". Este es su primer libro de cuentos y su tercera obra. Aquí, en estos ocho cuentos, nos hace recorrer los escenarios más diversos, siempre invitándonos a formar parte de la fantasía y hacer volar la imaginación, sin descuidar de mantenernos expectantes a los desenlaces inesperados.

4:42

...LA HORA

Cinellu, Bruno

4:42 la hora / Bruno Cinellu ; Fotografías de María Nicoletta Cinellu ; Ilustrado por José María Delgado. - 1a ed. - San Miguel de Tucumán : EsMeCu, 2024.

156 p. : il. ; 22 x 16 cm.

ISBN 978-987-4133-32-8

I. Cuentos Fantásticos. I. Cinellu, María Nicoletta, fot. II. Delgado, José María, ilus.

III. Título.

CDD A860

© 2024, Bruno Cinellu

© 2024, EsMeCu

Editorial EsMeCu

San Miguel de Tucumán, República Argentina

Ilustraciones: SEJO © (José María Delgado)

Foto solapa: María Nicoletta Cinellu

Diseño: Luciano Jorrat

Producción: Xapiens Estudio

Contacto: bcinellu@hotmail.com

Esta edición se terminó de editar en diciembre de 2024 en San Miguel de Tucumán.

No está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN 978-987-4133-32-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*



Vice Consolato d'Italia
Tucumán



UNSTA
UNIVERSIDAD DEL NORTE
SANTO TOMÁS DE AQUINO

BRUNO CINELLU

4:42
...LA HORA

C U E N T O S

EsMeCu editorial

*A la memoria de Catalina Pezza,
mi querida Nonna...*

*Que a través de este libro, le llegue
a ella, mi penúltimo abrazo.*

ÍNDICE INTERACTIVO

- 08 | AGRADECIMIENTOS**
- 10 | PRÓLOGO**
- 12 | PALABRAS INTRODUCTORIAS**

- 14 | PARTÍCULAS DE VIDA**
- 23 | PUNTO DE FUGA**
- 38 | ALMENDRAS**
- 47 | BÉRGAMO**
- 70 | PIAZZA COSTITUZIONE Perfumado Silencio**
- 96 | DESIERTO**
- 109 | 4:42 ...LA HORA**
- 123 | PLATA URQUIZA**

AGRADECIMIENTOS

Hacer realidad este libro de cuentos, sólo fue posible gracias a la inestimable colaboración de mi familia, mi esposa **Juana Natalia Asensio**, mi hija **María Nicoletta Cinellu**.

También digo Gracias a: **Honorio Zelaya de Nader** por su prólogo y fundamentalmente por su profesionalismo, dedicación hacia mi trabajo, su gran generosidad, siempre acompañada por el permanente afecto.

Al destacado trabajo del talentoso ilustrador tucumano **SEJO (José María Delgado)**, quien dejó plasmada su impronta en las obras a las que les puso el ojo. Haciendo una interpretación propia en los cuentos ilustrados, del mismo modo que lo hizo con su magnífica portada.

A la editorial **EsMeCu** en la persona de **Luciano Jorrat**, no solo por su trabajo editorial y de diseño, sino también por sus apreciadas palabras preliminares que le dan el marco apropiado a esta obra.

Al **Vice Consulado de Italia** en Tucumán, por haber declarado de interés cultural a esta obra. Gracias al espaldarazo del Cónsul Honorario de Italia

Cavaliere della Repubblica Italiana Dr. Sergio Bruno Ricciuti, quien una vez más se muestra sensible y generoso hacia mi trabajo.

A la **UNSTA** por brindarme nuevamente su aval institucional y su destacado apoyo.

A mi gran amigo **Sergio Luis Rodríguez**, gran lector y permanente incentivador para hacer que siga escribiendo cuentos.

A los lectores de mis anteriores obras poéticas. Ahora los pongo a prueba, con estos, mis primeros cuentos.

A quien debiera estar primero en esta lista... a **DIOS**.

¡GRACIAS!

a todos...Gracias, gracias y gracias.-

Afectuosamente,

Bruno Cinellu

PRÓLOGO

Si pudiéramos dialogar con el tiempo, para pedirle que nos señale la materia del hombre que aún no pudo sucumbir a su acción inexorable, sin lugar a dudas el tiempo respondería: ¡He ahí la Palabra!

Desde los albores mismos de la Humanidad, desde aquella mañana luminosa de la Historia en la que un remoto antepasado nuestro articuló las primeras manifestaciones semánticas en post del lenguaje, la Palabra le ha servido al hombre para construir la realidad, edificar el mundo o estructurar su imagen para abonarlo con sueños, con historias, con anhelos.

Ya en el *Génesis* se revela que el mundo comienza a ser a partir de la Palabra; *Hágase la luz y la luz se hizo*.

En el *Popol Vuh* la Palabra es sustancia y materia. Por eso el mito dice, *Solamente por su palabra se hizo la Creación / al momento apareció la tierra / -Tierra-dijeron, y de una vez se creó*.

Así mismo para el pensamiento griego “logos” no era sólo el vocablo, la frase, el discurso, sino también la razón, la idea, el sentido profundo, tal como lo es en **4:42... la hora**, obra cuentística del talentoso escritor tucumano Bruno Cinellu quien nos enfrenta con la doble virtud del lenguaje, con su capacidad simultánea de creación y transmisión, con el recono-

cimiento de que cada uno de nosotros existe en relación con otro, creando, recreando, transmitiendo.

Los ocho magníficos cuentos que integran la obra es un triángulo formado por varios vínculos: autor y lector, lector y protagonista, protagonista y autor, más un eje inevitable desde su infinito poder llamado “tiempo”, quien nos apela desde el título mismo de la obra: **4:42... la hora**.

Su autor nos ofrece páginas magistrales ligadas con el tiempo e indisolublemente unidas al espacio, a la filosofía, a la física cuántica, a las relaciones humanas en las que evocar, no es recordar, leer no es sólo poseer un texto, y (como bien lo sabían los antiguos bibliotecarios de Alejandría) la acumulación de saber no equivale a conocimiento.

En síntesis, tenemos en nuestras manos una obra en la que el autor espeja ficcionalmente que somos alguien a punto de ser, y también alguien que ya ha sido. Que el tiempo en el que somos es algo fluido, pasajero y múltiple como el agua. Que la literatura nos permite habitar desde el otro lado de la página y que las ficciones engendran ficciones.

Y para concluir, señalo que el libro que me satisface prologar es la suma de perplejidades literarias, en las que el proceso de identificación y reconocimiento, de creación y crónica no acaba nunca.

Honoría Zelaya de Nader

PALABRAS INTRODUCTORIAS

Suena el celular. Atiendo...

—Hola, mi querido —me saluda Honoria.

—Hola, Baby.

—¿Leíste los cuentos de Bruno?

—Un salto cuántico.

—Es verdad... ¡son maravillosos!

Así comenzó mi charla con la Doctora en Letras Honoria Zelaya de Nader, y en ese momento supe que no había mucho más que decir: el impacto de los cuentos de Bruno Cinellu es tan evidente como ineludible. Era insoslayable que naciera este nuevo libro, *4:42 ...la hora*, una obra que desafía los límites de la narrativa convencional.

Cada página es un viaje literario que desafía a redescubrir el tiempo, no como un concepto lineal, sino como una fuerza fluida y múltiple que habita tanto dentro como fuera de nosotros. Bruno Cinellu tiene el don de tomar las emociones más humanas —el asombro, la soledad, el amor, la nostalgia— y envolverlas en una atmósfera cargada de simbolismo y misterio. Sus historias transitan la delgada línea entre lo real y lo fantástico, logrando un equilibrio fascinante que invita a reflexionar, a imaginar y a soñar.

El lenguaje de Cinellu no solo crea mundos, sino que también los transforma en espejos donde nos

vemos enfrentados a nuestra propia existencia. Cada relato está cargado de una poética singular, donde lo común se vuelve extraordinario, y lo extraordinario, inevitablemente humano. Este libro nos desafía a mirar más allá de lo evidente, a perdernos en los pliegues de sus narraciones y a descubrirnos en ellos.

También no podemos dejar de mencionar entre los pliegues, las fantásticas ilustraciones del gran artista SEJO, que complementan de manera magistral la propuesta literaria. Su trazo dinámico y evocador, que conjuga la delicadeza del detalle con la fuerza de lo conceptual, dialoga con los relatos y amplifica su impacto. Cada imagen se convierte en una puerta visual que conduce a las múltiples dimensiones de los textos, añadiendo nuevas capas de significado y emoción.

En definitiva, **4:42 ...la hora** no es solo un libro: es una experiencia que desafía la imaginación y despierta la sensibilidad. Invita a ser leído, releído y sentido, porque en cada página hay un universo esperando ser descubierto.

Luciano Eduardo Jorrat

PARTÍCULAS DE VIDA



Sojo
©
20
24
E

Un grafito presionaba con fuerzas la enchinchada cartulina Fabriano, y mientras el movimiento sugería bocetar una silueta montañosa, comenzaban a modificarse las ideas del dibujante. Hacía correr la mina como el rodamiento de un eje mecánico y luego la frenaba abruptamente. En ese momento se esparcían sobre el blanco papel, pequeñas partículas del material de dibujo... Luego, el dibujante pasaba muy suave la yema de su dedo índice derecho y transformaba el polvo en nubarrones plumizos. De esta forma iba repitiendo el proceso, transformando lo que eran en la mente del dibujante unas dubitativas montañas, en voluminosas formas aun no muy claras ni definidas.

Pero las nubes eran cada vez más reales. Tan es así, que el mismo dibujante se sorprendía así mismo de su creación.

Se mostraba ensimismado, estaba convencido que al verlas, les quería dar movimiento, quería que sople el viento en el mismo papel...

Totalmente abstraído, enfocaba su vista cual si fuera un zoom fotográfico, podía ver que los poros de la cartulina latían como branquias encendidas; digamos que él, estaba seguro que el papel respiraba.

Soltó el lápiz casi asustado, pero al mismo tiempo emocionado, llevó sus dos manos a la cabeza y vio caer un cabello sobre el dibujo de los nubarrones... él seguía mirando en modo zoom y no se desenfocaba de la cartulina ni un instante. Inmensa fue su sorpresa cuando vio que desde los poros de la celulosa salían unas manecillas que tomaron al cabello como si fuese un pincel. En ese momento la dioptría de su vista era la misma que la de un microscopio. Se frotó los ojos casi intuitivamente, como quien busca salir del asombro, miró hacia la ventana que tenía enfrente y comprobó que el Zoom solo funcionaba cuando enfocaba su creación.

Volvió a tomar el lápiz, como sintiendo la necesidad de repetir el proceso. Él intuía que la transformación ocurría cada vez que las partículas eran frotadas por su dedo.

Rodó el grafito y lo frenó abruptamente, como lo venía haciendo, pero esta vez en su vista, estaba instalada la capacidad de poder observar microscópicamente...

Aquí se terminaron de producir todos los proce-

sos de asombros probables.

Al esparcirse las partículas, veía que nunca tocaban el papel, quedaban flotando a milésimas de micrones.

Con un sexto sentido traído de estos tiempos, el dibujante llevó su índice y su pulgar hacia su párpado derecho y con el mismo gesto que usa para ampliar las imágenes en su celular, movió el globo ocular obteniendo una imagen más ampliada aún... Guauuu!

Las partículas eran pequeños angelitos que volaban sin tocar la celulosa y dibujaban el aire, tiñéndolo, dejando el papel en blanco. El dibujante solo había podido plasmar en el papel aquellas formas no muy claras que comenzaron en su mente como intentos de siluetas montañosas. El resto, lo que materializaba con la yema de su dedo, literalmente estaba en el aire.

Esos nubarrones tan reales, comenzaron a ser soplados por las mismas partículas que lo conformaron y aprovechando la respiración de aquel Fabriano, tomaron vuelo. A los ojos del dibujante parecían haber llegado a la cumbre del Himalaya, pero a la vista de cualquier mortal era imperceptible...

Las nubes seguían y seguían ascendiendo, hasta que en una de esas pinceladas el cabello quedó

prisionero entre el papel y las nubes. Los angelitos se montaron sobre el cabello y una de las nubes comenzó a difuminarse.

Mientras a través de este misterioso proceso, ahora ya era perceptible para los dedos del artista, la respiración emanada desde el A4, que agitaba a sus propias fibras. Así las yemas de los dedos se refrescaban, sintiendo cosquilleos que instantáneamente le produjeron un llamativo placer...

Ahora, el dibujante había decidido investigar más que continuar con su dibujo. Pero estos misterios apenas sobreelevados del plano ocurrían siempre y cuando, interviniesen en él, las manos creativas del artista.

Una vez más, tomó su instrumento de dibujo e inspirándose en esas visiones microscópicas, trató de cambiar la dinámica y la mecánica de dibujar.

Cuando tomó esta actitud advirtió que dejó de poseer aquella visión que lo llevó por unos momentos a vivir un mundo fantástico en escala liliputiese.

Con un viejo sacapuntas creó un aserrín de grafito y lo puso sobre el papel como si fuese una camionada de arena. Sus dos manos construyeron un transitorio vallado, diagonalmente opuesto al polvo.

Asentando su cachete izquierdo en la made-

ra que contenía a la hoja, sopló suavemente aquellas partículas sobre los nubarrones ya formados. A medida que impactaban entre sí, tomaban una real luminosidad y hacían percibir ese olor previo a las tormentas. El artista quería volver a aquel mundo microscópico que conoció casualmente...

Volvió a tomar su herramienta de dibujo y repetir el proceso que lo había llevado a tener esa visión tan agigantada de su obra. Frotó sus manos entre sí y empuñó el lápiz como buscando una preparación para un momento mágico, aquel que hacía un instante acababa de experimentar.

Rodó el grafito, frenó abruptamente, se esparcieron las partículas sobre la cartulina y al asentar su dedo en el negro aserrín sintió que lo invadía un cosquilleo que comenzaba en ese índice derecho y llegaba hasta el cabello vecino al que estaba en la obra. Se estremeció entero. Su vista quedó completamente cortinada por un vapor espeso que se elevaba desde la hoja... Él no podía ver, ni saber de qué se trataba, ni tampoco que es lo que estaba ocurriendo. Se friccionó con fuerza los ojos y al rozar micrones de carbonillas contra sus retinas, percibió un bamboleo y pudo sentir que sus ojos se humedecían al mismo tiempo que desde la obra se escuchaba llegar una serie sucesiva de truenos, haciendo temblar la

madera donde se enchinchaba la cartulina.

El olor a Ozono se hacía presente. Pudo abrir los ojos, pero continuaba sin poder ver. Sintió frío en todo su cuerpo. Apoyó sus dos manos en la obra y quedaron completamente mojadas, las llevó hacia sus ojos y recuperó la visión instantáneamente. De pronto, volvió a tocar la obra y estaba totalmente seca. Quitó los chinches del tablero y retiró de un solo movimiento descendente la hoja. Para su sorpresa las montañas se terminaron de conformar y de pronto se coloreaban a medida que acercaba su dedo índice derecho.

Al levantar la vista hacia la ventana pudo ver cómo salían de su habitación aquellas nubes negras. Inmediatamente se catapultó hacia el antepecho de la ventana y vio cómo los nubarrones ascendían hasta oscurecer por completo la ciudad. No podía creerlo. Volvió hacia el tablero tomó el lápiz y el sacapuntas y generó sobre la palma de su mano una buena cantidad de aserrín de grafito, sacó la mano por la ventana y el viento llevó esas partículas hacia el infinito. Quedó con sus manos abiertas, con un gesto de agradecimiento, sacándolas afuera de la ventana.

Cerró los ojos y solo esperaba que se desencadenara la tormenta por él creada en su cartulina.

La música de silencio que precede a los diluvios se hizo sentir. El artista, tenía un absoluto convencimiento de que su obra, era ahora este clima que se vivía y se podía disfrutar desde su ventana. Solamente él, sabía que esas partículas, fueron las que le dieron vida a su dibujo. Su dedo sólo fue el instrumento que ayudó a reproducir y agigantar las pequeñas vidas que habitan en cada partícula. No hay dudas de que todos los elementos constituidos, por donde alguna vez hubo un alma puesta en ese material, llegado el momento, adquieren nuevamente vida.

Esta reproducción que nació en un tablero, ante el asombro de su autor, pasó a ser una de las tantas obras, en las que quien las lleva adelante es un simple instrumento, y del cual se sabe, que ningún artista había podido plasmarlo antes:

“La obra de la naturaleza”.

Siempre existieron las bellas obras de arte, y nunca se sabrá cuántos ejércitos de pequeños ángeles hubo detrás de ellas.

Esto es una forma de decir que detrás de la firma de cada artista, está la firma de nuestro creador.

PUNTO DE FUGA



Sejo
2024

Se paró en silencio de su destartelado sillón de mimbre, fue directo hacia la vieja *NOBLEX siete mares*, giró la gran perilla todavía algo plateada, con su centro negro y totalmente opaco; el aparato hizo un ruido de encendido y en menos de un segundo se sintió el sonido propio de la radio.

Él ya había encontrado compañía, esa caja que emite sonidos no es otra cosa, que una caja desde donde vuelan personajes imaginarios, se posan en su mente y a veces en la silla vecina. Con ellos comparte ideas, discute, se apasiona, se posesiona, a veces los perdona... y al día siguiente se olvida.

“El hombre de la radio”, un ser muy especial, acompañado ya hace tantas décadas solo por su caja sonora.

La soledad aparente con la que se muestra con quienes lo suelen ver a las mañanas, retornando a casa con su bolsa de compras; Es solo eso, es una imagen que él tiene con el vecindario. Nadie sabe cómo es su vida dentro de su casa. Nadie, se imagi-

na una vida tan llena de compañías que entran y se retiran en horarios y días determinados. Nadie sabe de su gran compañera “La Radio”. Para él, cada voz tiene una imagen en su mente, desde los conductores de programas centrales, hasta los cantantes de jingles comerciales.

Lo cierto es que esa siesta, algo sonaba distinto, no en la radio, ni desde la radio. Era en el ambiente. Tal vez en su percepción, tal vez su sexto sentido estaba sugiriendo vaya a saber qué cosa. Algo no era igual que todos los días, y en esa casa solo viven dos personas:

Él, y La RADIO.

...Mientras el agua entraba en ebullición, Él ponía el saquito de té en el descascarado y alguna vez blanco jarro enlozado. En eso se dio vuelta con la pava para verter el agua, ahí fue que lanzó su primer comentario hacia La Radio:

—¿También vos querés un té?

—No, para mí un café.

¡Quedó petrificado!

Él siempre hablaba con La Radio, pero se respondía a sí mismo como si fuese ella; esta era la mecánica diaria de diálogo. Ésta vez la respuesta vino desde los parlantes mismos de la Vieja NOBLEX. La miró

fijamente como para ver si le decía algo más, o si le repetía. Por momentos pensó, algo ya no me funciona bien y me distraigo, tal vez esa respuesta alguien la dijo con cierto sentido y fue dentro de un

diálogo radial que no presté atención... En eso se oyó:

—Lo que estás pensando está muy errado. Necesito que alguna vez me trates en forma más humana, y no como lo haces.

No te puedo creer (respondió con su pensamiento). Aún no salía del asombro. Quería compartir esto que vivía con alguien, pero se daba cuenta que solo vivía con La Radio.

—¿Qué es lo que no puedes creer?

Se dio cuenta que no podía ni tratar de pensar, que su compañera, no solo le respondía a sus palabras, sino también a sus pensamientos.

Entonces, ¿qué pasó?...

El instante casual, donde se acomodaba esa idea con las visiones que penetraban suavemente por la retina de aquel señor... Ahí Justo, ese punto de fuga que él descubría en el paisaje doméstico, era la clave de una situación que imaginaba cómo corolario de la novela “las almas en pena”, que había quedado estancado en el capítulo final (que solamente podía

escribir cuando apagaba la radio)...

Ese punto de fuga en el paisaje, fue la clave para darle un final soñado a su viejo escrito.

Tal vez ahora relacionaba el final de aquel episodio, con el inicio del diálogo con su prismática amiga.

—Ya sé lo que te llevó a hacerte más humana, fue aquel punto de fuga.

—Nos conocemos bastante. Tu sabes que fue eso.

Sin dudas que descubrir un lugar donde arremolinar una perspectiva en medio de los utensilios polvorientos y las enmarañadas ideas que se le cruzaron durante meses, al “hombre de la radio”, fue el descubrimiento que le sirvió para terminar su novela, pero también advirtió que por más planos y chatos que parezcan los espacios, en la lógica física siempre hay un punto de fuga, ese lugar donde van a parar todas las aristas.

Donde fueron en su novela, y se modificaron los prismas en extraños cuerpos, ...he aquí el final de “las almas en pena”.

La Radio, se sintió tocada y nunca estuvo de acuerdo con el final que decidió su amigo darle al viejo escrito. Para él fue, un final brillante.

Para ella una incómoda situación.

Se sirvió el Té, y antes de volver al viejo sillón de

mimbre, fue directo a apagar la NOBLEX.

Sentía que lo estaba traicionando a su subconsciente, pero no podía hacer otra cosa. El “punto de fuga” de alguna manera perturbó su relación con su amiga La Radio. A partir de aquí ella se metió en su vida de otra forma, ahora era ella la que buscaba compañía. En eso se sintió el ruido de encendido, él la miró fijamente y desde los parlantes pudo oírse.

—Aquí estoy. Necesito que cambies el final de tu novela. Quiero seguir siendo un prisma perspectivado con ambiciones humanizantes.

—Pero yo conseguí el final Perfecto de mi novela.

—Si no lo cambias, me volveré un objeto amorfo y perderás tu compañía.

Apagó la radio. Totalmente decidido a cambiar el final de “las almas en pena”, fue directo a buscar el viejo escrito. Incorporó a su amiga en la novela y retiró la idea del punto de fuga. De esta manera llegó a un entendimiento con su amiga, y a su criterio llegó a un final aceptable de la novela.

Con actitud relajada, encendió nuevamente la radio y se fue a sentar en su viejo sillón de mimbre.

—...bueno, ¿ahora qué me dices del nuevo final de mi obra?

Silencio total.

La música de un tango, continuaba mansa como

si nada, y su amiga, no asomaba comentarios desde los parlantes.

Pasaron varios días...

Decidido a publicar su novela, tomó la iniciativa de visitar a una editorial con la que hace un par de años había publicado su último trabajo. Le aceptaron la novela. Y su nuevo emprendimiento literario ya estaba en marcha.

De la nada. Un día más en su monótona vida, con su compañera apellidada siete mares, mientras discutía con una conductora de un programa de actualidad, una descarga en la vieja NOBLEX, alteró su plácido día. Así fue que, de un sopetón, se catapultó del sillón hacia su compañera. La descarga seguía y por momentos tomaba pausas, parecía hasta tener un ritmo o por lo menos querer introducirlo. Apoyó su mano izquierda en la parte superior de la radio, como acariciándole el lomo. La Descarga de a poco comenzó a perder intensidad y por los parlantes se sintió un suspiro. Luego otro, y un silencio corto, precedió al tercer suspiro, esta vez muy profundo.

—¿Te pasa algo?

—¿Recuerdas que te hice cambiar el final de tu novela, y te pedí que sacaras lo de “el punto de fuga”?

—¡Cómo olvidarlo!

—Te pido un favor...

—Dime

—Vuelve a tu sillón. Cuando estés ahí obsérvame sin dejar de poner de fondo al punto de fuga.

El señor de la radio, fue inmediatamente como si se tratara de una orden militar. Se ensimismó en el pedido de su amiga y su actitud parecía la de una persona hipnotizada.

Con toda lógica veía a la radio, con la perspectiva natural de cualquier cuerpo prismático. Hasta aquí todo normal, nada extraño. Pero él sabía que el pedido obedecía a algo, había algo más que su amiga le quería hacer notar.

Los parlantes de la vieja NOBLEX lanzaron un sonido lineal agudo, fue apenas un instante, pero él pudo “ver” el sonido, fueron cuatro líneas que hicieron centro en el punto de fuga y luego se esfumaron por el éter.

Nuevamente apareció aquel sonido, pero esta vez más prolongado y más agudo.

Él, volvió a “ver” las notas de aquel sonido. La diferencia fue que esta vez se demoraron en escapar, porque quedaron atrapadas en las telarañas que estaban detrás de la radio, camino al punto de fuga. En ese instante, se paró súbitamente de su sillón y

fue a querer agarrar el sonido. En el camino, apareció por tercera vez otro agudo mensaje de su amiga, pero esta vez, él cruzó a una de esas líneas con las manos, pudiendo agarrarla, doblarla y trasladarla, de tal modo que a medida que la estiraba, el sonido se prolongaba y se deformaba; manifestándose como una desafinación molesta y perturbadora. Mientras luchaba con esa línea dio dos pasos más hacia la radio, estiró su mano derecha y tocó la perilla del dial. Ahí las líneas se metieron en el dibujo del mapa mundial que trae el modelo de la *NOBLEX siete mares*.

Luego sobrevino un silencio atormentante.

Después, la calma.

“La gráfica” del sonido quedó inserta como un punto, en el planisferio de la radio.

Él quedó absorto, observando el mapa.

La radio estaba muda, la palmeó en el lomo, la sentía tiesa, y tal vez un poco fría. Luego la acarició. Por primera vez sentía que su mirada tenía amor a un objeto (pero era porque recién lo advertía), él siempre la había mirado de esa forma a su amiga. Sin despegar su mano del lomo, se retiró un paso y advirtió que había una herida, y estaba en el lugar exacto del mapa por donde se esfumó la línea. Llevó su meñique derecho hacia la llaga. Percibió un latido,

movió la yema de su dedo, como haciendo un hueco en la arena, sintió con más fuerzas ese torrente pasar rozando sus huellas digitales. Lo retiró. En ese instante, comenzó a expandirse una luz violácea, al mismo tiempo, que el ambiente era invadido por un fuerte olor a sangre.

De los parlantes de la radio, en forma muy delicada, comenzó a murmurar una melodía epopéyica, un himno épico, (era, Nabucco). Enfocó su mirada en el dial y al hacerlo se cambió a onda corta. Por los parlantes se sentía el clásico ruido de la búsqueda de una sintonía en esa banda.

La aguja del dial se detuvo en una transmisión de la DW (Deutschen Welle) en español, donde “casualmente” hablaban de las heridas a objetos parlantes.

El hombre de la radio, a estas alturas, no se sorprendía de nada, y todo lo tomaba como un mensaje que su amiga le quería dar, o tal vez una advertencia, o una enseñanza...

Siguió con atención la transmisión de la DW en español. Luego de unos minutos se dio cuenta que lo que estaba escuchando era una emisión de cuarenta años atrás.

Levantó la antena telescópica como para sentirse más seguro, y solo mejoraba la recepción.

Miró a su amiga nostálgicamente, y como queriendo hacerle un mimo, volvió a acariciar la herida que había dejado aquella batalla con la línea del sonido. Al hacerlo, advertía que ese punto estaba situado justo en la posición de Alemania. Casualmente era donde se originaba la transmisión que estaba escuchando, pero que llegaba 40 años después.

Se preguntaba: ¿cuál sería el fenómeno que provocaba esta terrible diferencia de tiempos? ¿qué estaría pasando por el éter?

Por momentos, él quería que todo fuera como un tiempo atrás, y que La Radio le contestara a sus pensamientos.

Ahora todo había cambiado...

Entonces. Decidió ponerle paños fríos a la situación. Se apoltronó en su sillón de mimbre, cerró los ojos y puso mucha atención a la vieja transmisión que escuchaba, en directo, cuarenta años después. De esta forma, trataba de probar si, así, aparecía algún elemento que le aportara otro tipo de señal.

En eso, su tranquilidad se vio perturbada con el sonido estridente de un tema de Nina Hagen. Abrió los ojos para dirigirse muy decidido hacia la perilla del volumen a suavizar los decibeles, y a atemperar sus ansias.

Cuando hizo el segundo paso en dirección hacia

la radio, advirtió que la esfumante luz violácea vista unos minutos antes, ahora se había transformado en una fuerte línea luminosa de potente color. Esta se unía al punto de fuga situado atrás de los trastos viejos, con la llaga que mostraba su amiga en la zona germánica de su gráfica. Se acercó con sigilo y mucha intriga. La línea violácea dominaba la escena. Se situó a mitad del segmento. En ese momento, se le cruzó por su mente el final que él había escrito para “las almas en pena”. Presagiando lo que iba a ocurrir, vio cómo los objetos comenzaban a deformarse y transformarse en extraños cuerpos.

Abrazó a su amiga para protegerla.

La luz violácea lo traspasó; no sabía cuál sería el precio que pagaría por defender a su amiga. La Radio, sangraba por la herida...

Desde los parlantes se seguían escuchando noticias y relatos de cuatro décadas atrás. La tomó con fuerzas, ella estaba muy agitada, hacía descargas exageradas.

Miró hacia el punto de fuga. Ahora parecía un vertedero de remolinos a mar abierto. Él, se sentía seguro, pero por primera vez sintió temor por su amiga.

Cesaron las descargas...

Un cambio repentino hizo que se escuchara, con

la nitidez acústica de una sala de conciertos, un aria de Bach. Pero el sonido de aquella música no provenía de los parlantes, si no que venía del punto de fuga. Miró hacia ahí, y sintió que La Radio lo aprisionaba fuertemente. Había mucho amor en ese abrazo.

La música barroca, ponía un contexto dramático al episodio. Él cambió el abrazo, levantó a su amiga con las dos manos hacia arriba como un niño recién nacido. ¡Suspiraron juntos!

Sus brazos sintieron por un pequeño instante un alivio, no de reducción de peso, un alivio manso de una calma que transmitía la NOBLEX.

Levantó con temor su vista... En sus manos solo había una luz violácea.

Desde ahí empezó a brotar un sonido filarmónico...

Sintió una vibración por todo el cuerpo. En ese momento estalló a todo volumen el Himno de la Alegría.

El viejo escritor, supo acompañar con toda hidalguía, hasta el final a su amiga.

Aquel himno de Beethoven quedó grabado para siempre en su alma.

El hombre de la radio, sabe que no quedó solo.

Desde ahora y para siempre una luz violácea

acompaña sus movimientos por toda la casa.

Desde su viejo sillón de mimbre, siempre reverberan diálogos y canciones de los años 80, y cuando sus ojos bajan los cortinados, un mimo suave acaricia sus oídos. Es el himno de la Alegría que acuna sus sueños.

ALMENDRAS

Bebió el primer sorbo, y sin que nadie se lo dijera, él ya sabía que era un auténtico Borbone Napolitano.

La música del bar ponía contexto de modernidad a la escena, a pesar de que a él ese sabor lo situaba en sus años de servicio militar. Una de las camareras se movía insinuando un baile. Enfrente a él, en otra mesa, una mujer solitaria con bostezos esporádicos, hojeaba el periódico que daba cuenta de la primera mañana de domingo. Su paladar quedó satisfecho, ahora quedaría con sabor a café toda la mañana. Metió la mano en el bolsillo, se arrimó hacia la caja y dejó la moneda de un euro a la camarera bailarina.

Con su bolsa de compras bajo el brazo, se dirigió en búsqueda de la porción de cordero y de las verduras para su terapia de cocina dominguera.

Ya en su casa, mientras pelaba las hortalizas para guisar. La intensidad de un olor a almendras invadió su recinto de trabajo. Levantó la vista, no vio nada que le llamara la atención. Abrió la ventana, el olor

persistía. Siguió en sus menesteres y cada vez era más intensa y penetrante la fragancia.

Salió al balcón, con su delantal de cocina puesto y con el cuchillo en mano, como queriendo encontrar infraganti a quien pelaba o manipulaba almendras. Solo vio a la vecina de enfrente extendiendo su ropa.

Volvió a la cocina y eligió cambiar de verdura para tapar el perfume que llegaba misterioso a su cocina.

Dejó de lado la zanahoria que pelaba y tomó una cebolla para olvidar el olor a almendras, no porque le molestara, sino porque le intrigaba su procedencia.

En eso, de solo estar, mientras se friccionaba los párpados, después de que el ácido que había desprendido la cebolla se hiciera volátil. Sus ojos lagrimosos veían algo que no estaba bien, algo que no era del lugar.

Un bosque frondoso se le presentaba enfrente. Era un bosque de almendros con sus frutas listas para cosechar.

Dejó el cuchillo sobre la tabla de madera, se quitó el delantal, lo colgó en la manija del horno. Se dio la media vuelta y abrió el grifo de la cocina, puso unos segundos sus manos bajo el agua. Cerró los ojos y se

lavó la cara. Al abrirlos el bosque permanecía frente a él, ahora también, empezó a percibir sonidos propios del bosque. Entonces, caminó hacia su mullido y moderno sillón masajante.

Ahora veía en forma superpuesta dos imágenes, la del bosque, y la del interior de su casa.

Mientras hacía esos cortos pasos hacia su poltrona, sentía el rumor de las hojas secas del bosque que pisaba.

Estaba confundido, sabía que no soñaba. En el sillón trató de pensar y equilibrar sus emociones al mismo tiempo.

¿qué es esto que me está pasando?... se preguntaba. Al mismo tiempo que lo veía muy real. Los trinos de las aves del bosque lo apaciguaban.

Era una situación muy extraña, tenía enfrente a él, dos imágenes superpuestas, pero al tacto solo disponía lo que había en su casa. Tenía la visión, el olfato y el sonido superpuestos. No así, lo que podía tocar. En este caso, solo podía tocar lo que había en su “recinto no virtual”, por llamarlo de algún modo.

Cerró los ojos, mientras inclinaba el sillón, seguía sintiendo los sonidos del bosque. Trataba de imaginar otra situación.

Su mente volvió al bar en el que estuvo esta mañana, recordaba a la mujer que bostezaba, a la cama-

rera que se movía con la música y también recordaba el calor de la taza en su mano y deseaba volver a saborear un BORBONE.

Lo extraño de esto es que Él lo tomó con calma, estaba viviendo una situación fantástica, casi irreal, y la tomaba con total naturalidad. Las imágenes superpuestas, estaban completamente equilibradas, es decir se transparentaban una con la otra y no había predominio visual de lo que sucedía, o en el bosque, o en la casa.

Permanecía con los ojos cerrados y en su mente se presentaban las dos imágenes, es decir no había podido clausurar la visión ni aun cerrando los ojos. Ahora el olor a almendras se hacía más intenso, era como tenerlas peladas y a la par de la nariz.

Levantó sus manos en otro intento de querer tocar los árboles del bosque y a sus espaldas sintió una vos que le dijo:

—¿Te gustaría probar estas almendras?

Inmediatamente abrió los ojos, y todo volvió a la normalidad. Es decir, veía y sentía solo lo que había y pasaba en su casa.

Entonces... se preguntó:

—¿Esto será lo que le llaman soñar despierto?

Llevó las manos hacia los apoyabrazos del sillón, y haciendo el ademán de pararse, sintió nuevamente

la necesidad de volver a cerrar los ojos. Los cerró, se relajó un instante y al volcar su cuerpo hacia el espaldar del sillón. Quedó dormido inmediatamente y con total profundidad.

Su mente, pintó un telón negro, no había sonidos, ni otro tipo de sensaciones, de a poco, así como cuando el vapor comienza a emerger del asfalto después de una tormenta de verano. Así tímidamente, se insinuaban esta vez en un sueño las primeras imágenes. Eran las personas que vio esta mañana en el bar. Estaban de espaldas y ambas llevaban en sus manos, sendas cestas colmadas de almendras. En el sueño, él permanecía acostado con los ojos cerrados en su sillón, en el lugar que se había dormido, y las mujeres estaban en aquel bosque de almendras. Era un espectador, que tenía una privilegiada ubicación para ver el bosque con los ojos cerrados. El rumor de los pasos de aquellas personas comenzaban también a aparecer de forma progresiva, era la primera señal sonora que se hacía presente en el sueño.

Él era consciente que estaba soñando...pero también en el sueño, sabía que lo que había vivido unos minutos antes, fue algo muy irreal, algo más parecido a un sueño pero que sucedió cuando trabajaba en su cocina tratando de preparar su cordero guisado. Seguía internado en su sueño... y ahora aparecían

sonidos que no eran propios de ese bosque, más bien eran los sonidos normales que pueden sentirse en cualquier recinto donde se cocina, él seguía viendo a las mujeres caminando de espaldas con sus cestas llenas de almendras.

De pronto un ruido metálico lo despertó. Miró hacia la mesada de la cocina y en el piso vio el cuchillo que había estado usando con las verduras un tiempo antes. Se acomodó en la poltrona, frotó sus párpados, se levantó y se dirigió hacia donde había dejado las verduras a medio picar.

Todavía medio dormido abrió la alacena sin saber muy bien que buscaba, y totalmente sorprendido se dio con las dos cestas llenas de almendras, las mismas del sueño.

Impulsado por el estupor se fue hacia el balcón en busca de algún aire esclarecedor que mágicamente le explicara que estaba sucediendo. Apoyado en la baranda trataba de perder su mirada en la ropa de su vecina de enfrente, pero su leve flameó lo llevaban al recuerdo de las hojas del bosque de almendros.

Retornó a la cocina decidido a tomar esas cestas y descubrir que otra cosa había en ellas. Las sacó de la alacena, las puso arriba de la mesada y hundió hasta el fondo ambas manos, sacó dos puñados de la fruta seca, y las llevó a su nariz.

Se deleitaba con el perfume, su mente se pausaba, y solo sentía una fragancia que lo calmaba, que lo ponía en un limbo terrenal. Casi sin saberlo, comenzó a viajar, cómo a vuelo rasante por el bosque, sus ojos se habían cerrado. Estaba en estado de éxtasis total.

Él nunca lo supo, porque perdió la dimensión del tiempo... pero había transcurrido más de media hora en su vuelo por las copas de los almendros, y solamente estuvo transportado por las frutas en su nariz, sin ninguna otra compañía.

Sintió unas cosquillas en la comisura de los labios que lo despertó. Soltó las almendras de sus manos, y cayeron, parte en la canasta, en la mesada y en el piso. Se llevó las manos a la cara y con sorpresa advirtió que su nariz sangraba por ambas fosas.

Luego de lavarse la cara, impulsado por el instinto se dirigió como una tromba a aquel bar donde tomó su Borbone esta mañana, quería ver si encontraba a las personas del sueño.

Abrió con vehemencia la puerta del bar, la música seguía sonando en los mismos ritmos que había escuchado a la mañana temprano. La mujer que bostezaba ya no estaba, tampoco la camarera.

Volvió a su casa, en el camino su mente era un torbellino, que por momentos se pausaba al recor-

dar el olor de las almendras. Nuevamente en la cocina, decidió terminar con su comida. Desplegó en dos fuentes las almendras, las puso en horno suave a dorarse y en una olla guisaba el cordero con las verduras.

Tres horas después....

Una vecina llamó al cuerpo de Carabinieri y a la policía local, porque del apartamento del señor, ruidos extraños y música muy fuerte habían alterado la paz del domingo.

Un oficial de policía golpeó la puerta. La música era atronadora. Suponía que no lo escucharían. En ese momento llegaron los carabinieri. Uno de ellos advirtió que por bajo de la puerta corría sangre.

Forzaron la puerta, se abrió fácilmente, no estaba bien cerrada. El cuadro era dantesco, La sangre corría desde una mesa donde había tres personas sentadas, sus cuerpos estaban volcados en la propia mesa.

Podían verse, arriba de la mesa, en medio del charco de sangre, platos servidos a medio comer con almendras y cordero.

Todos sangraban por la nariz.

BÉRGAMO

Orio al Serio, CENTRO COMERCIAL, enfrente al aeropuerto de Bérgamo.

Eran las 12:00 PM. Un viajero en tránsito que había cruzado la Autopista para hacer tiempo hasta que sea la hora de la conexión de su próximo vuelo; se situaba en el área gastronómica del Paseo. Estaba viendo en la vitrina-mostrador cuál iba a ser su almuerzo, medio distraído y por ratos eligiendo lo que había decidido sería una escueta comida.

De repente a su lado, otra persona, le dice:

—¿Qué vas a comer vos?... Parece bueno el Pollo.

Lo miró y le dijo...

—Si, parece bueno.

—Pero... ¿de dónde sos vos? ¿de Sicilia o de Cerdeña?

—De Ambos lugares, respondió el viajero.

He aquí... dos personas desconocidas, con un diálogo rápido y fugaz como si se vieran todos los días. Una pregunta central se disparó de parte del

desconocido, al observar la fisonomía o tal vez al escuchar la entonación del pasajero en tránsito.

Lo cierto es que el viajero que debiera haberse sorprendido por esta impronta de su ocasional interlocutor, se mantuvo cauto y actuó con naturalidad.

En realidad, el viajero había recorrido el mundo y se sentía ciudadano de todas partes... era tanto de Sicilia como de Cerdeña. También podría haber respondido que era de Alaska, Mozambique, Chipre o Argentina.

Pero, ya que había un embrionario diálogo, intentó desde su experiencia, llevar la conversación a un lugar donde él se sentía cómodo. Es decir, sacar datos, y situarse en el plano de entrevistador. Así fue que arremetió:

—Y tú,... ¿de dónde eres?

—De aquí cerca, a unos cuarenta minutos... ¿Por qué recién me dijiste que eras de ambas islas?

—En realidad soy argentino, mis ancestros eran de esos lugares.

—Pero tu rostro me recuerda al común de la gente que veía cuando hice el servicio militar en Sassari, y a la vez te pareces a un amigo siciliano.

—Mirá vos... !Que curiosidad!

—...Pero dijiste Argentina, para mí es imborrable

el velorio de Maradona que mostró la TV en épocas de pandemia.

—Si, fue un ídolo muy popular.

—Fue el mejor de todos y de todos los tiempos. Cada vez que voy a Nápoles, me imagino que así deben ser los argentinos.

En eso el pasajero se decidió por una presa de pollo y unas papas fritas, que le indicó a la camarera que lo calentara para llevarlo a una mesa.

—¿Te decidiste que vas a comer? ¿Quieres compartir la mesa conmigo?

—Una pizza *Margherita*. Bueno Gracias, acepto tu invitación.

El viajero tomó su bandeja con la porción de pollo y las papas, y el señor desconocido quedó en el mostrador haciendo su pedido. Luego se acercó con su pizza a compartir la comida. Puso la bandeja con la pizza y un agua mineral sobre la mesa. Antes de correr la silla para sentarse, le sonó el celular, se apartó, habló y sin decir nada misteriosamente se fue alejando, sin ni siquiera rotar la cabeza hacia la mesa. No se lo volvió a ver.

El viajero hizo tiempo, luego comió su pollo con papas solitariamente. Permaneció algo más de media hora haciendo una íntima sobremesa.

Tomó la pizza del señor desconocido, la tapó con una servilleta, en la que antes había escrito... “espero que estés bien. Hubiera sido un gusto compartir la comida contigo”.

El viajero tenía programado permanecer ocho horas en espera en el Centro Comercial, antes de cruzarse nuevamente para estar dos horas en el aeropuerto, previo a su próximo vuelo.

Él quedó totalmente intrigado de esta persona, su actitud y su misteriosa “desaparición”... y pensaba: “en todas estas caminatas que voy a hacer por aquí, seguro lo volveré a encontrar”.

Caminaba parsimoniosamente por todos los pasillos, se detenía a mirar cada detalle de todos los escaparates, recorría las tiendas, y en su cabeza retornaba el recuerdo de una hora atrás, y pensaba, ¿quién habrá sido este misterioso señor?

Volvió hacia donde había comido. En la mesa que él estuvo, había una pareja tomando café.

Se dirigió hacia la camarera que lo había atendido y le preguntó si volvió el señor que dejó la pizza en la mesa.

Ella le respondió, no recuerdo, aquí hay mucha gente todo el tiempo. El viajero decidió olvidar aquel encuentro, pero el rostro de este hombre, lo recordaba perfectamente, y a cada instante... así que, ha-

ciendo un poco de ejercicio de memoria, comenzó a resultarle familiar, sin que todavía supiera de dónde.

De repente, una lapicera que vio en una vitrina, trajo un recuerdo, y este, encendió la luz que estaba faltando en su memoria... y se dijo para sí... “ya sé de donde conozco ese rostro, es la persona del cuadro que estaba en casa de mi abuela”.

Su memoria lo llevó cincuenta años hacia atrás, cuando era niño. Viajó con su imaginación precisamente a la casa de su abuela, recordaba aquellas siestas cuando se detenía por largos minutos a observar aquel cuadro. Ese cuadro hoy debería tener al menos unos cien años; su abuela le contaba que lo había heredado de su hermana mayor, a su vez, ella le contaba que ese señor del cuadro era un tío que estuvo en la Primera Guerra mundial, y perteneció a la *Brigata Sassari*.

Impulsivamente llamó a su sobrino que actualmente vive en la vieja casa que era de la abuela, y le hizo el insólito pedido:

—Hazme un favor, le tomas una foto a aquel retrato pintado que está en la sala donde la Nonna tenía la máquina de coser.

—Ok, ahora mismo.

A los minutos en su whatsapp, recibió la foto. Ya no había dudas, era un calco, no podía creerlo...

Pero a la experiencia de este viajero, siempre la nutre la calma, y sobre todo prevalece en él, una virtud: la sabiduría.

Continuaba deambulando por el centro comercial. Hizo una pausa para tomar un café, y así, poder terminar de preparar la agenda de la continuidad de su viaje y todo lo que aún le quedaba por hacer. Se desconcentraba constantemente; quería encontrar al señor desconocido y hacerle muchas preguntas. Pero, en el fondo sabía que no lo volvería a ver. Pensaba que esto fue un mensaje, o tal vez una señal que algún antepasado decidió enviarle.

En eso, lo llamó el sobrino...

—Tío, ¿por qué me pediste esa foto?

Se quedó pensando... A mi toda la vida me intrigó aquel retrato, y siempre me detengo con una atracción inexplicable, sin lograr entender porque permanezco tanto tiempo observando este cuadro.

—Conocí a alguien que es un clon de ese retrato.

—...¡qué extraño!, para mi ese rostro tiene un sinónimo: misterio.

—...te tengo que cortar me está entrando una llamada.

—Bueno Tío, chau.

En realidad, no hubo tal llamada, estaba escapando a las preguntas que podría hacerle su sobrino

sobre aquel cuadro. Él sabía que serían las mismas que se hizo en su adolescencia y nunca se pudo responder. No había lugar a dudas, detrás de aquel retrato había un halo de misterio.

Dos horas después el viajero seguía adireccional su periplo por el Centro Comercial. Recordó lo que fue el disparador que le trajo a la memoria donde había visto antes ese rostro. Así que volvió hacia atrás y totalmente decidido fue a comprar aquella lapicera.

Era una pluma negra nacarada, con bordes y clips dorados. Ya la tenía en sus manos, la acarició, no quiso probarla. Se la envolvieron para regalo, la pusieron en una elegante bolsita, a la que recibió con mucho cariño, y luego de pagar, se marchó de la tienda.

Mientras, continuaba caminando erráticamente, pensaba... ahora tengo conmigo un elemento que encendió un recuerdo en mi memoria. No sé de qué me servirá. Pero, tal vez cuando llegue a destino esta pluma me ayudará a reescribir lo que ahora estoy viviendo.

En la planta superior del centro comercial, al lado de un inmenso ventanal que mira hacia el aeropuerto, saboreaba su segundo café de la tarde. Él miraba hacia afuera, se veía caer una tenue y suave

lluvia, típica de noviembre. En el vidrio se reflejaban imágenes y luces del interior del shopping. Estas se mezclaban con los jóvenes robles del estacionamiento que danzaban al ritmo del viento. Era un escenario compuesto, como si se estuvieran proyectando sobre el arbolado lo que había a sus espaldas. Abstraído en ese paisaje, se evadió de la intriga que se había adueñado de él en las últimas horas. En eso, le pareció ver reflejado en el vidrio la silueta de aquel hombre.

Se giró inmediatamente hacia adentro, y ya no veía nada similar. Me estoy obsesionando se dijo a sí mismo, tengo que superar esta situación.

Ahora quedó recostado sobre el ventanal pero mirando hacia dentro del centro comercial.

En ese momento, recibió un par de fotos por WhatsApp que le enviaba su sobrino. Éste, había descolgado el cuadro, y al dorso se observaba tenue, una escritura en la que solo podía distinguirse con claridad la sigla o las iniciales: “BGY”. Casualidad, o no, la misma abreviatura con la que se designa al aeropuerto de BERGAMO. Esto obviamente agregó más confusión, a un estado de intriga y lleno de simbolismos que atropellaba a este viajero universal.

Transcurrió un día ...

El Viajero, ya estaba en su destino. Ciudad de Colonia (Köln) Alemania.

Mientras tanto en la casa de su abuela...

Su sobrino seguía dándole vueltas al cuadro, y con mucho esmero y dedicación le había quitado el papel de atrás, donde el día anterior, había encontrado escrita las iniciales o la sigla: BGY. Lo puso a un costado. ahora estaba dispuesto a “despegar” el marco del paspartú. Pensaba que la cornisa de madera pudo durante tantos años, haber estado tapando algún nombre o dato, que suelen poner los autores muy al borde de la obra, antes de hacerla enmarcar.

Al tiempo, se dispuso y uno a uno fue retirando esos elementos medio oxidados que vinculaban la madera con el cartón duro. Todo esto con mucho esmero para no romper el vidrio. Teniendo puesto él, el cuadro boca abajo.

Terminó el procedimiento, quedaron el vidrio y el marco apoyados en la mesa y él en sus manos tenía la obra con su contorno de Paspartú. Al darlo la vuelta, lo más notable a primera vista fue el cambio de color (más claro), donde estuvo apoyada tantos años la madera...

También se notaba algunas palabras escritas, muy pequeñas y en vertical en su borde derecho.

Comenzó a examinar con sigilo,... no podía leer

con claridad. Abrió el cajón del escritorio y buscó la vieja lupa de la Nonna.

Decía: Sassari 1913-Bérgamo 2023.

Esto era muy Extraño...

Mientras tanto en el escritorio de un hotel en Colonia (Köln), el viajero estaba con su pluma en mano, dispuesto a escribir la historia vivida un día antes en el Centro Comercial de Orio al Serio.

En eso, en su whatsapp, entraba una foto que le enviaba su sobrino, donde se veía ampliado el detalle de la escritura sobre el paspartú... Al ver esto, lo invadió una indudable sensación de que lo vivido un día antes, tuvo un simbolismo y un mensaje que aún no podía descifrar. Le volvían las viejas preguntas de su adolescencia sobre aquel cuadro. Ahora no solo estaba seguro que el rostro de aquel cuadro siempre tuvo un enigma. A esto se le agregaba la persona que conoció (en apariencia contemporáneo con él), la sigla del Aeropuerto, y una escritura hecha hace 110 años que llevaban el nombre del lugar y el año donde ayer conoció a ésta persona. Cerró la pluma, la volvió a su caja. Se produjo un silencio en su mente.

En ese momento, sonaba el teléfono,... era su sobrino. No quiso atenderlo. Estaba asustado, nervio-

so, e intranquilo, con una sensación muy extraña...

Había llegado a la cima de un enigma y no sabía hacia dónde dirigirse para encontrar respuestas; pero a la vez temía que algo del pasado lo pudiera o quisiera involucrar en la evolución de estos misteriosos simbolismos.

Al día siguiente canceló toda su agenda y decidió comprar un pasaje a Bérghamo. Él sabía que ese era el lugar para encontrar la punta de la madeja, y así poder desenmarañar este enigma.

Su avión aterrizó a las 11:30 AM. Cuarenta y ocho horas después, de su último aterrizaje en este mismo aeropuerto.

Caminó errático por el hall del aeropuerto, hasta que se decidió a cruzar nuevamente la autopista hacia el Centro Comercial.

Todavía llovía como hace dos días atrás. En lo que cruzaba, y mientras atravesaba el túnel que va por debajo de la carretera, aumentó la intensidad de la precipitación. Se quedó parado unos minutos ahí, mientras pensaba por donde comenzaría a buscar la primera pista. A la salida del túnel, una mujer a su lado, con capucha de lluvia color amarillo, que también esperaba que aplaque algo la caída de agua. Lo miró, detrás de sus anteojos mojados, y le dijo:

—Usted... ¿Es de Sicilia o de Cerdeña?

El viajero...absorto, tragó saliva y solo atinó a responder con un interrogante.

—Perdón, ¿Por qué me hace esa pregunta?

—...Se parece mucho a un amigo de mi marido, que tiene esa ascendencia.

En eso, la mujer abrió un amplio paraguas, de esos tipo publicitarios.

Era azul con la sigla BGY encuadradas en letras blancas.

—Esta lluvia no da para andar de capucha no-más,... voy a cruzar de paraguas. Si quiere, le hago un lugar...

—¡Bueno, gracias! Veo que usted es de aquí, por el paraguas.

—¡Si!, trabajo en el aeropuerto.

—...disculpe. El amigo de su marido, con quien usted me encontró un parecido... ¿a qué se dedica?

—Viaja por todo el mundo...

Mientras él, caminaba mirando hacia adelante, cada tanto también lo hacía hacia el piso, como para estar seguro donde esquivar los charcos. Pero eso sí, no se atrevía a mirarle a la cara a la mujer, sentía que había algún escudo interpuesto a la altura de los ojos. Ella sacó de uno de sus bolsillos unos pequeños auriculares inalámbricos, se puso uno solo y recibió una llamada. Solo dijo: “llego en cinco minutos”.

Él estaba seguro que esta mujer, formaba parte de algún sector de la madeja a desenmarañar... pensaba como hacerle una pregunta que lo oriente con aquel señor desconocido. A la vez ya no le sorprendería, y un poco esperaba eso, que la llamada recién recibida haya sido de él.

Llegaron a las puertas del Centro Comercial. Ella cerró su paraguas, buscó con la mirada a alguien. En eso, apareció un trío de niños de entre diez y trece años que corrieron a abrazarla.

Él sintió que no podía permanecer a su lado, se retiró unos pasos, trataba de estar por ahí, de no perderle pisada.

Pero los abrazos de los niños se hacían extensos y se llenaban de arrumacos como demostrando un tiempo de ausencias.

De a poco tuvo, inevitablemente que comenzar a alejarse.

No tenía argumentos para permanecer, no encontraba excusas. El espacio público pasó a ser íntimo, y él, pasó a ser un intruso que se quedaba sin posibilidades de seguir explorando información con esta mujer.

Ahora estaba adonde había venido en busca de resolver un enigma. Se fue directo hacia el área gastronómica del Centro Comercial, tratando desde ahí

empezar la reconstrucción.

Sin pensarlo, pasó súbitamente a ordenar una pizza Margherita a la caja de comidas. Entre lo que buscaba el dinero para pagar, sacó su celular, y al momento de entregar el pago le mostró la foto del retrato a la cajera. Le consultó a ella si no había visto por aquí a este señor.

La señorita le respondió, viene exactamente cada dos días, y a la misma hora; pide siempre lo mismo (pollo con papas). Seguro vendrá mañana, a esta hora. Ayer estuvo por aquí.

Mientras almorzaba su pizza, buscaba en el celular donde alojarse cerca del Centro Comercial. Pensaba, Mañana será el gran día.

Al día siguiente...

Muy temprano el viajero, ya estaba desayunando en el hotel NH vecino al aeropuerto, donde había pasado la noche. Muy ordenado él, había tomado un papel del hotel y con su flamante pluma negra, comenzó a puntualizar los datos a relacionar:

- a) 1913-Sassari (dato escrito en el cuadro).
- b) Señor desconocido: dijo que hizo el servicio militar en Sassari, este hombre aparenta tener unos

55 años, por lo tanto, no puede ser el mismo del cuadro; tal vez pueda ser el nieto. Si el retrato es de 1913 y la apariencia de la edad de la persona retratada es de unos 55 años (es decir la misma edad de este hombre)...

c) La sigla BGY ¿estaba escrita desde 1913?... no existía esa abreviación en esa época para designar a este aeropuerto. Este aeropuerto se creó en 1937. Los códigos aeroportuarios fueron creados en 1945.

...Pero, lo que lo ponía totalmente nervioso era el dato escrito supuestamente en 1913. Esto es: El año actual y el lugar en el que se encontraba... (2023-Bérgamo).

¿Cómo podría ser eso? Este era el gran misterio que se le había planteado.

En fin, elucubraciones que él hacía. Se estaba preparando como para rendir un examen, imaginaba que podría producirse un interrogatorio con este hombre al medio día.

Como a las nueve de la mañana, ya estaba casi listo, era muy temprano. Su cabeza no paraba. Pensaba y pensaba. Sabía que esto no era un tema razonable desde lo cronológico.

Al mismo tiempo se preguntaba. ¿Esto también sería algo premonitorio escrito ciento diez años an-

tes?

Luego de haber terminado su desayuno, ahora estaba en el lobby del hotel. Sentado en un sillón manipulaba su celular, ampliaba y revisaba cada foto enviada por su sobrino.

Para él no había dudas, las tres letras BGY, por lo antiguo del trazo y por estar casi desdibujadas; al igual que la escritura en vertical del paspartú, formaban parte de datos originales de la obra. Por todo esto, su percepción prácticamente había sentenciado, la obra nunca fue alterada desde su creación.

Era temprano para hacerle una llamada a su sobrino... quería conversar con alguien antes de ir al encuentro con este señor. Estaba buscando apoyo psicológico para enfrentarse con lo desconocido. Bueno... se dijo para sí, dándose aliento a sí mismo. Se frotó ambas manos, hizo una tos correctiva como para poner a punto su voz. Luego, acarició la lapicera que la llevaba en el bolsillo de su saco, como si ésta se tratara de un amuleto de la suerte. Tomó valor, y emprendió camino hacia el Centro Comercial; seguramente haría unas caminatas reflexivas hasta que sea la hora de encontrar a este hombre.

A las 11:30, luego de haber caminado bastante por las galerías del paseo, se dispuso a tomar un café cerca de la caja del lugar de comidas, pero afuera de

ese espacio.

Mientras tanto leía en Wikipedia sobre la creación y la historia de la Brigata Sassari, de paso se nutría de todos los datos históricos que se podía tener a mano.

En eso, un cuarteto de uniformadas azafatas, pasaban caminando muy cerca de él, y lo distrajeron con el ruido de sus maletas rodantes. Levantó la cabeza. Al mirar a la galería, vio a una de las chicas que se agachó casi a sus pies. Esta levantó del piso una lapicera idéntica a la suya, pero el nacarado era gris. Se la mostró y le preguntó si era de él. Automáticamente se metió la mano en el bolsillo de su saco. Palpó para sentir si estaba la suya, no había nada. Respondió sin pensar. ¡Si!, es mía. Cuando la azafata, hizo el ademán de entregársela, desde la silla que daba espaldas a la suya, alguien le tocó el hombro y le mostró su lapicera.

Era la mujer del paraguas.

Ella le tomó a la azafata la pluma gris, y sin decir nada, apoyó en la mesa del viajero la lapicera negra. Ante esa situación, la señora se levantó y se dirigió directamente hacia adelante, al lugar de comidas. Cuando él, trató de disculparse, ella caminaba sin escuchar, ni tampoco se daba la vuelta.

Él quedó solo, avergonzado, sonrojado, pero a la

vez impávido. Pensaba asustado: ¿De... dónde sacó esta mujer mi lapicera? Una vez más, tragó saliva. Ahora se dirigía hacia el lugar, donde debería en unos minutos, encontrarse con aquel señor desconocido; enfrentarlo y tratar de resolver tantos interrogantes.

Se paró enfrente a la vitrina-mostrador.

Se dirigió hacia la caja y ordenó una presa de pollo con papas fritas. Desde ahí trataba de ver donde se había sentado la mujer. Mientras esperaba la comida, observaba y no la lograba ver. Recibió su bandeja y comenzó a buscar, más que un lugar donde sentarse, quería ver donde estaba la señora.

Vio una mesa libre. Se sentó, y desde ahí seguía observando, buscando con la mirada. A su lado pasaron unos niños corriendo; los reconoció como los del día anterior, los mismos que habían abrazado a esta mujer en la entrada del shopping. Se concentró en ellos, no les perdió de vista, y en un parpadeo los vio que nuevamente abrazaban a la mujer que estaba sentada sola, casi mimetizada entre el gentío como a unos diez metros de él.

Con la mujer a la vista y las expectativas puestas en la llegada del señor desconocido. El viajero comenzó su almuerzo... Estaba tenso, atento, vigilante.

En su cabeza, sonaban notas de suspenso. Pa-

recía que estaba muy cerca de una meta, lo que no podía saber era, si después de cruzar la cinta de llegada, existiría una continuidad de la pista, o si se caería a un precipicio.

Su pollo tenía gusto a ansiedad y las papas estaban amargas, tal vez era la mezcla producida con tanta adrenalina segregada.

Trataba de que la mujer lo viera. Estaba inquieto, se movía, se paraba y volvía a sentarse. Se cambió a la silla de al lado para quedar en línea recta con ella.

Miró hacia la caja. Finalmente había llegado. Tal como le habían advertido, ese hombre era puntual. Ahí estaba de espaldas, el señor desconocido, listo en la fila para pagar.

Pensó tendrá inevitablemente que pasar a mi lado, aquí lo enfrentaré...

Tomó un sorbo de agua y esperó agazapado.

Lo vio venir, se paró y teniéndolo encima, lo abordó y le dijo:

—¡Buen día! ¿Te recuerdas de mí? ¿Qué te pasó el otro día?... me quedé esperándote.

—¡Buen día argentino! Claro que me acuerdo de vos. Disculpa... el otro día me llamó mi ex-mujer y me tuve que ir de improvisó.

—Por favor... Siéntate, te invito a compartir la mesa.

—Ahora no puedo, me espera mi ex-mujer. En media hora me desocupo. Si todavía estarás por aquí te invito un café.

—...si estaré, aquí mismo. Te espero.

Lo siguió con la mirada para ver donde se sentaba. Se sorprendió al verlo, se sentó con una mujer anciana, estaba como diez metros adelante de la mujer con los niños.

Al rato, lo vio que se despedía de la ex-mujer. Venía caminando hacia él. Saludó con su mano a la mujer y los niños.

Ahora sí, llegó el momento.

—Vamos a tomar el café prometido. Aquí cerca hay un buen lugar.

—¡Ok! Vamos.

Con la misma confianza que lo abordó la primera vez, el señor desconocido lo tomó del hombro al viajero, como si los uniera un vínculo de años. Caminaron por la galería. Le preguntó si disponía de mucho tiempo o estaba apurado. El viajero le dijo que tenía libre todo ese día.

Entonces el señor desconocido, le propuso:

—Vamos hasta mi auto; andaremos diez minutos y te mostraré algo que te gustará ver. De paso tomamos el café prometido.

—¡Ok! de acuerdo.

A los minutos llegaron al sitio... era una casa vieja, aspecto de abandonada. El señor abrió la puerta y lo invitó a pasar.

La primera sensación que tuvo el viajero, es que era un lugar por él conocido y que antes ya había estado ahí. Miró hacia la cocina y lo reconoció súbitamente. Pensó sin dudarle ni un instante: “Esta es la casa de: **El hombre de la radio**”; (lo viví cuando leí el cuento *El Punto de Fuga*).

Una luz violácea irrumpió en la escena. En ese instante comenzó a sonar una marcha militar. La luz se hizo puntual, se posó sobre una pared, y luego dibujó un perfecto rectángulo. Desde ahí, emergió como un hongo, un cuadro con un retrato del viajero. Estaba con uniforme militar de la época de la primera guerra, tenía un fusil en la mano.

En eso, sintió que se abrió la puerta de calle..., se escucharon unos taconeos, giró la cabeza y la vio entrar a la mujer del paraguas. Sobre ella se posó la luz violácea, se iluminó su rostro de felicidad, y una sonrisa amplia se apoderó de su fisonomía. En ese momento comenzó a envejecer rápidamente. En un instante se había transformado en la abuela del viajero tal como él la conoció. La miró a los ojos, a ella se le desprendieron unas lágrimas. Él sintió unas inmensas ganas de abrazarla.

Extendió sus brazos, caminó hacia ella los pasos que los separaban, y apretó su alma en un abrazo memorable.

El abrazo se transformó en luz violácea que fue absorbido por el cuadro, que en ese instante desapareció.

El señor desconocido se sentó a ver la escena desde el viejo sillón de mimbre de **El Hombre de La Radio**.

Ahora sonaba sinfónico y sublime: “El Himno de la Alegría”.

PIAZZA COSTITUZIONE

perfumado silencio

ANTICO CAFE



©
2024

Ciudad de Cagliari, *Piazza Costituzione* frente al *Bastione di Saint Remy*.

Domingo a la mañana... el aroma que cruzaba la calle venía del *Antico Caffè*, era una invitación a un desayuno acogedor, y también por qué no, a hojear *L'unione Sarda*.

Mientras las primeras almas, pasean sus mascotas, otros disfrutaban de los trinos sentados en las bancas bajo los frondosos ficus de la plaza. En un banco en especial pintado de azul y con las estrellas amarillas formando el círculo de la Unión Europea, un cartel arriba de él, invita a pensar con esta reflexión:

“Con demasiada frecuencia me detengo cuando me lo piden.

Debería detenerme menos veces y por más tiempo. Yo observaría las estaciones de la humanidad una a una y con eso sabría donde llevarlos.”

Y en el propio banco otra placa dice:

“¿Estás esperando? ¿Estás de paso?”

Detente aquí por un momento. Sólo te llevará unos segundos y tendrás un viaje gratuito y sin precedentes. Un viaje a través de los versos de la poesía.

Se trata de una parada poética útil para detener el tiempo y vivir una experiencia insólita.

El destino es el poema errante de arriba.

Léame y estaré contigo todo el tiempo que quieras.

Firmado: “*La parada poética*”.

Cruzando la calle...

En la carta de menú del ANTICO CAFFÈ...

Se desprenden notas de la consagrada escritora sarda premio Nobel de literatura en 1926:

Aquí en los cafés brillante, en las calles brillante, en las casas altas chistes del sol, desde el reflejo del mar, todo era luz, alegría, poesía.

Grazia Deledda

En este escenario urbano, con este contexto úni-

co. Un ocasional y descuidado visitante, que no había advertido nada de este maravilloso mundo que lo circundaba.

Ahí, detrás de las verjas del bar, mientras revolvió con su cucharita el café recién servido. Miraba a la plaza como quien por ósmosis adquiere paz.

En eso creyó ver, como si fuera un recorte de texto superpuesto en la arboleda, digamos algo así, como un gris tipográfico con forma de copa de árbol.

Fue como un parpadeo, un collage hecho de recortes del libros y periódicos, que aleteó en los foliajes.

Lo que este hombre no sabe es que aquí, muchas veces las letras se pasean por la plaza, se cruzan y se sientan, se acomodan en las bancas y le hacen arrumacos a los vapores emanados de los pocillos.

En la misma plaza una suerte de corralito enmarca un conjunto de mesas, sillas y sombrillas. Podemos decir que es una extensión del bar.

Desde ese lugar, la perspectiva muestra hacia el bar la inclinación pronunciada de la calle, dejándolo al edificio histórico en una posición, que al verlo desde allí, pareciera que está acuñado desde su basamento, en dirección al Bastión.

El patio de ingreso al bar, está circundado por

una verja artística perimetral de hierro forjado, pintada de verde; realizada por presos de la cárcel de San Bartolomé. Este aterrazamiento siempre está cubierto por un toldo de lona. Su piso es de un estucado con marmolina, aplicado sobre un viejo granito reconstituido; todo esto es de un dominante color crema, con filetes en mármol Rossa Verona, que dibujan grandes cuadrados. Encima de éste, las elegantes mesas que balconean a la plaza y enmarcan el acceso. El café data de 1855, originalmente se llamaba Génovese, (en alusión al origen de sus fundadores). Fue restaurado hace unos 25 años, dejándolo con el esplendor de la época que fue construido. En su interior todo conserva el espíritu de aquellos años, un piso de damero en granito blanco y negro, las arcadas, la pintura y los cielorrasos; dan una envolvente que junto a los muebles de época, un gran espejo, la barra y las estanterías de madera, los boiserie y los cuadros con fotos antiguas del mismo lugar; recrean una atmósfera propia del mil ochocientos.

Este lugar, así como se conserva, fue albergado por notables escritores y poetas.

Por aquí pasaron Grazia Deledda, David Herbert Lawrence, Gabriele D'Annunzio, Emilio Lussu, y Salvatore Qusimodo... entre los más notables.

El hombre terminó su café, refregó sus párpados y los ficus seguían todos ahí ...verdes, immaculados y clorofilados.

El Gris tipográfico que a él le pareció ver, no estaba,... pero le quedó reverberando en la memoria esa imagen fugaz.

Desde otro ámbito del Caffè, él señor era observado por un espíritu literario que hacía la guardia del domingo a la mañana...

Estos espíritus saben que los parroquianos solitarios de los domingos a las mañanas, tienen otro comportamiento distinto al resto. Tienen una percepción especial de las atmósferas... saben distinguir lo mítico de lo misterioso, lo sutil de lo mágico y descubren el brillo en los viejos polvos de las memorias errantes.

La tipología de esta clase de personas, pone en alerta a estos guardianes de las esplendorosas épocas de este lugar. Ellos saben cuando en la mesa hay un interlocutor a quien hacerles leer. Saben como descolgarse de las cornisas, como lograr poner justo el señalador, en esa página de la vida de un alma dispuesta a la recepción.

¡Sí!... ellos saben cuando hay alguien que presta oído, alguien que a sí mismo se mima con su aparente soledad.

Cuando la camarera se acercó, retiró su pocillo, le ofreció si quería servirse un vaso de agua. Él aceptó, y le pidió por favor le acercara el periódico.

Cuando ella se lo entregó en sus manos, él sintió que al mismo tiempo alguien se sentaba en la silla vecina... Fue una sensación, nada más.

Tenía en sus manos *L'Unione Sarda*, la hojeaba, y de reojo cada tanto miraba a la silla contigua. Le había quedado la sensación de que estaba acompañado desde el momento mismo que recibió el periódico.

Los rumores de los domingos son distintos. Se evidencian las proximidades y se respiran las cercanías.

Los barrotes de las verjas daban sombras alineadas sobre el diario. Cuando el hombre movía con sus manos el papel y cambiaba el ángulo de su lectura, las líneas se ondulaban, haciendo jugar a los títulos y a las bajadas de las noticias, una suerte de doble lectura.

Eran algoritmos que vibraban con la suave brisa que colaba frescura a toda esa tinta hecha letras.

Un tintinar metálico sobre un pocillo, despabilaba a cada instante a éste hombre de su lectura, miraba y veía los movimientos que lo provocaban en mesas vecinas. Pero él, lo sentía en la suya propia... Otra vez, otra sensación... y... nada más.

Una señora muy elegante entra al bar con su bastón y su pequeño bulldog francés. Él la mira a los ojos y reconoce en esa mirada una familiaridad. Ella elige sentarse a espaldas de él, justo en la mesa vecina. De su cartera saca un recipiente plástico, pide un capuchino y una botella de agua mineral. Al llegar la camarera le pide que le vierta el agua para su mascota en el recipiente que ella trajo. La mujer se dispone a beber su capuchino. Él la nota inquieta, se da vueltas y le ofrece el periódico, ella le agradece, le acepta diciéndole que era justo lo que estaba por pedir.

A los minutos, él nota algo que lo empieza a perturbar. Es una voz masculina que la nota muy próxima, no logra distinguir con claridad las palabras. En el medio de esos dichos, una anónima tos intermitente, también participa, como haciendo notar que le molesta esa voz.

En eso el hombre se distrae mirando hacia la plaza, ve a un grupo de turistas que observan el bastión. Cuando ellos cruzan la calle él queda abstraído en uno de los ficus y vuelve a ver esa masa tipográfica que aletea, pero esta vez, de ahí parte rauda hacia la única palmera de la plaza, estacionándose en lo más alto. En ese momento una paloma vuela desde ahí, como dándole lugar a las letras, que en ese instante

desaparecen.

El hombre quedó impactado por lo que acababa de ver. Inmediatamente se rotó para ver a los rostros de los presentes, tratando de descubrir entre ellos algún otro testigo de estas insólitas escenas...

Pero, en eso una paloma se posa sobre su mesa y al apoyar las patas en el mantel, provoca el ruido típico de la cucharita en contacto con la porcelana. (en la mesa sólo había un vaso con agua). El bulldog de la vecina comenzó a ladrarle.

La paloma voló nuevamente. Al lanzarse hacia arriba cayó de entre sus alas, una hoja de papel tipo madera doblada, que fue a parar a la silla vecina, la misma en la que él sintió la sensación de que había alguien.

La levantó, la desplegó. Dentro había un manuscrito con una caligrafía muy artística.

En ese momento,... la mujer se dio la vuelta y le dijo:

—Disculpe señor... primera vez que lo veo por aquí. ¿Usted también viene a recibir cartas los domingos?

—No le entiendo.

—Usted acaba de recibir una carta. Yo vengo desde Nuoro todos los domingos nada más que a eso.

—Estoy sorprendido, no sé qué decirle.

El señor quedó impávido con el papel en la mano. La mujer se dio la vuelta y continuó con la lectura del periódico.

Él no lograba reaccionar...

Pensaba entre otras cosas: ...Nuoro queda a 180 km. La mirada de esta mujer me sigue pareciendo familiar. Las imágenes estas que vi en la plaza, ¿también las verá o habrá visto ella?

En fin...

Tomó valor, enfocó su mirada en el papel escrito. Por un instante se deleitó con la belleza de la caligrafía, no sabía si era una carta o una obra de arte.

Empezó a leer. Los dos primeros renglones eran palabras sueltas, acompañadas de un punto.

Luego había un interlineado doble, un margen, una sangría, y se continuaban frases sueltas, también acompañadas de un punto.

Al final, otro interlineado doble, precedía a la siguiente reflexión:

“Los espíritus habitan los espacios, que cuando los transitamos, sentimos que son nuestra única compañía.

A veces, son el eco de nuestros solitarios pasos, en ellos encontramos, que no retumban como en un lugar hueco, sino que se dejan absorber por el con-

torno ancestral de sus antiguos moradores. Ellos son los que quedaron en guardia y de custodios del viejo hilo.

Seguramente es de la misma madeja, que te trajo hasta aquí, a tejer este misterioso sueño...”(1).

Ni bien terminó de leer, en ese mismo momento, se le vinieron imágenes a su mente, como si se tratara de un folioscopio. Eran decenas de rostros de sus antepasados y de personajes por él no muy familiares, que alguna vez había visto en noticias y libros en su niñez; a estos, se les intercalaban otros de personas que actualmente ve a diario, finalizando el último folio con el rostro de la mujer de la mesa vecina.

Él antes nunca los había relacionado entre sí.

¿Cómo fue que su cabeza elaboró en ese instante esa película? ¿Qué poder pudo haber tenido ese escrito para hacer reaccionar así al motor cerebral de este hombre?

Lo cierto es que esa reacción no sólo fue mental, sino también perceptiva, ya que al mismo tiempo que terminó la lectura, notó que la rusticidad del papel que aún tenía en sus manos, comenzó a tomar la tersura del pétalo de una rosa recién cortada. Todo esto, transcurrió en cuestión de segundos.

Él se sentía renovado, como si hubiera contraído una responsabilidad después de leer aquel escrito, o más bien diría que lo que sentía, era que su alma se había ennoblecido. Notaba una caricia interior. Era algo así como haber abierto las puertas de su ser, para permitir el paso a esos antiguos moradores.

El hilo, la madeja, o quizás la punta del ovillo... quién sabe lo que acababa de recibir este señor. Tal vez él lo intuía, de hecho que se sintió responsable después de leer esa breve reflexión. Se paró de su silla, se dirigió adentro hacia la caja a pagar su consumo.

Al atravesar el salón, y al ir pisando cada baldosa del damero él sentía que tomaba lucidez su memoria... y repitió en voz alta una frase de Marcel Proust, que le dijo a la cajera al entregarle el pago:

“El verdadero viaje del descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos”.

Ella, le sonrió, asintió con su cabeza y le entregó el vuelto de sus cinco euros.

Ahora errático y algo extraño se retiró del bar, cruzó la calle Garibaldi y se sentó en el banco azul de los poetas, sin advertir los carteles que lo circundaban. Ahí se quedó en silencio, solo y reflexivo. Él

sentía que no pasaba el tiempo, pero en realidad habían transcurrido cerca de dos horas. En eso pasó a su lado la mujer de Nuoro con su mascota. Ella lo saludó, y él sintió una poderosa necesidad de comunicarse con ella.

Fue así, que le dijo:

—...¿ya vuelve a su ciudad?... ¿recibió su carta hoy?

—¡Si! Ya me vuelvo.

Hoy toda la mañana sentí el murmullo de una voz masculina (tal vez era la voz que a él le molestaba).

Recién logré entender lo que me dijo.

—Me intriga lo que me cuenta... por curiosidad, ¿Puedo saberlo?

—¡Si! — Me dijo —“el hilo ya fue recogido”.

La mujer siguió caminando con su bastón y su perro hacia vía Regina Margherita. Él tardó en reaccionar, luego, se paró de la banca. Cuando quiso alcanzarla, ya estaba al borde de la calle. Él le preguntó si volvería el próximo domingo.

Un hombre bajó de un auto, le abrió la puerta trasera de una lujosa y moderna berlina alemana.

Ella, desde adentro, bajó la ventanilla y le respondió, nunca dejaré de venir un domingo a este lugar, aquí logré revivir.

El chofer, arrancó y se marcharon con el mismo silencio del motor eléctrico que los propulsaba.

Transcurrió una semana...

Otro domingo en Piazza Costituzione.

La mañana comienza con trinos, aromas y un suave rumor de hojas al viento.

El señor de hace una semana, volvió al lugar, pero esta vez se sentó enfrente al edificio del *Antico Caffè*, en una de las mesas que el mismo bar tiene en el corralito que armaron en la plaza.

Como vino muy temprano estaba seguro que desde ahí podría verla llegar a la señora de Nuoro.

La cuchara cubierta de espuma de su capuchino, la llevaba a su boca, al mismo tiempo que maduraban en él, sabias reflexiones de lo vivido el domingo pasado.

Sentía haber descubierto un lugar en el mundo: Piazza Costituzione. A él le resultaba tan propia, como seguramente la sintieron los poetas del mil ochocientos. Nunca antes había escrito, y esa mañana usó su dispositivo móvil para plasmar una idea que la vio merodear por su mente, y no la quiso dejar pasar. De esa forma fue, que tecleó lo siguiente:

“El destino no tiene geografía, y somos conscientes de que en cada instante de nuestras vidas estamos eligiendo”. (2)

Así mismo se dijo:

“elegí volver este domingo, elegí buscar a esta señora, elegí tomar el hilo”.

La percepción con la que vivió toda la semana fue la de haber comenzado una nueva etapa. Una etapa de descubrimientos, de encuentros, de nuevas tareas, de nuevas responsabilidades, de grandes desafíos y cómo corolario de todo esto; saberse poseedor de una herencia ancestral de vaya a saber quién.

Ahora llevó su mano derecha al bolsillo interno izquierdo de su saco.

De ahí extrajo un sobre blanco con la inscripción “hilo”. En su interior guardaba como un preciado tesoro, plegado, tal como cayó del cielo, aquella obra de arte realizada sobre papel madera. Lo llevaba en su bolsillo desde hacía una semana, en ese sobre especialmente confeccionado para preservarlo. Lo leyó por enésima vez y lo dejó apoyado en la mesa, luego puso sobre él, como si fuera un pisapapeles, un viejo libro de poesías de Salvatore Quasimodo, que había venido leyendo en el pulman que lo trajo desde *Quartu Sant’Elena*.

Su vista se perdía por momentos. Miraba hacia la plaza, al sector donde está la palmera. Desde donde él estaba sentado se puede apreciar la pronunciada pendiente del piso de la plaza, hacia donde dirigía su visión, digamos que él se encontraba en uno de los puntos más altos del paseo público.

Por su formación técnica, mientras observaba, trataba de corregir en su imaginación las líneas oblicuas y los declives. Automáticamente su mente dibujaba una línea de trazos, marcando un plano perfecto, de esta forma lograba las deducciones de los porcentajes de las pendientes.

Este mismo tipo de juegos, eran habituales en él, lo solía hacer en espacios pequeños y en planos embaldosados. Para si mismo él solía decirse que jugaba a la “sala de espera”.

Ensimismado en esta solitaria lúdica geométrica, mientras disfrutaba de los trinos y los aromas provenientes del *Antico caffè*. Vio como un perro, igual al de la señora, vino corriendo desde el punto más lejano en su horizonte, es decir por debajo de la imaginaria línea de trazos, donde se empieza a notar la bajada de la calle Regina Margherita. Llevó sus manos a su cabeza, luego se frotó los ojos, esta vez le costaba sacar de plano el juego de líneas que él siempre solía hacer en cualquier lugar que lo veía

desencuadrado...

En eso, a sus espaldas alguien le tocó el hombro con un bastón. Era la mujer de Nuoro. Se sorprendió, él la esperaba del otro lado, por lo menos de ahí había venido el perro, y por ese lugar se fue ella hace una semana.

—...¡Buen día joven! ¿Le molesta si le pido compartir su mesa?

—...¡Buen domingo señora! para nada. La estaba esperando, aquí desde temprano.

Él se paró le arrimó una silla, y acompañó con el movimiento la incorporación de la señora a la mesa.

Al verla llegar una camarera se le acercó súbitamente y le preguntó si como siempre consumiría agua y capuchino. Ella le dijo que si, y le recordó que tampoco se olvide del periódico.

El hombre no sabía cómo iniciar el diálogo. Sabía que estaba enfrente a alguien clave, a una persona que apenas la vio, reconoció en ella una familiaridad en su mirada; esto no se le iba de su percepción y seguía tratando de buscar en su cabeza relaciones.

La mujer hizo una tos correctiva, sacó de su cartera el recipiente plástico para cuando llegue verter el agua de su mascota, y luego también sacó una agenda de cuero y una pluma de oro.

Las apoyó sobre la mesa, abrió la agenda y él se

sorprendió al ver exactamente la misma caligrafía que vino en su carta una semana atrás.

Entonces, ella arremetió con un comentario:

—...veo que lee a Salvatore Quasimodo.

—A veces me distraigo con las poesías... Su obra me atrae desde lo social. A usted ¿Le gusta leer?

—...¡Si! Leo bastante. Pero más me gusta escribir.

—...¡Que interesante!

En ese momento, la camarera, pidió espacio para dejar el pedido sobre la mesa. El señor retiró su libro, lo puso en una silla vecina; y al papel lo guardó nuevamente en su sobre, el que extrajo y llevó a su bolsillo.

La señora, con un movimiento desafortunado, desplazó la agenda y la pluma apenas unos centímetros. Al hacerlo cambió la hoja que estaba señalada a la que le continuaba, y claramente él, pudo leer la única frase escrita que había ahí:

“Hilo entregado, tarea concluida”.

Al lado muy pequeño la fecha del domingo anterior. A continuación, con otro movimiento veloz, la mujer cerró abruptamente la agenda, hizo otra tos, llamó a su mascota y le pidió a la camarera que le diera el agua al bulldog francés.

Él hombre en gesto de caballerosidad, le ofreció azúcar para su capuchino. Ella le agradeció; en ese

momento tomó su pluma, abrió la agenda de cuero en su última página, y escribió con la exacta caligrafía de la carta recibida un domingo antes por el señor; ya no había dudas era de ella, tal cual, la misma bella letra.

El escrito decía:

“Sabemos que los hilos hilvanan historias, sin importar los continentes ni las personas, ellos solo tienen como fin el vínculo”. (3)

Terminó de escribir, cortó la hoja de la agenda y se la entregó al hombre. Él le recibió, dejó el papel sobre la mesa, le dio las gracias y le hizo el comprometedor pedido de que se lo firmara. Ella le respondió que con todo gusto hará eso más adelante. Este es tiempo de compartir muchas experiencias (pensaron ambos al unísono).

Cuando se soslayó está idea, él clavó su mirada en los ojos de la señora, trataba de exprimírle algo a esa llamativa familiaridad que siempre había supuesto que existía. De pronto ella arremetió con una pregunta:

—¿De dónde son sus orígenes?

—¿A qué se refiere? Es muy amplia su pregunta.

—Tengo la seguridad que usted no es totalmente

sardo, lo puedo ver en su mirada.

—Provengo de un lugar de Argentina llamado Tucumán.

—Lo supuse, su mirada tiene el gesto de Lola Mora.

—¿Cómo puede decir eso usted? Ella murió como hace noventa años.

—Las experiencias y las percepciones se transmiten generacionalmente. Para mí la vida, es un todo sinfín, es un circuito interminable.

Esta definición de la mujer, lo dejó impactado al hombre. Por ese instante él sintió que estaba hablando con alguien con mucha sabiduría adquirida de la vida de otros... Entonces ahora, él fue quien interrogó:

—...Yo, a su mirada, le encuentro una familiaridad ¿Cuál es su origen?

—Soy cien por ciento de esta isla... por lo menos hasta el 900 AdC., que es hasta donde voy reconstruyendo mi pasado.

—¡Sorprendente! Y... ¿Cómo hizo para llegar hasta allí?

—Ya le dije... le repito: “Para mí la vida, es un todo sinfín, es un circuito interminable”.

Al momento que se producía este diálogo, la mujer, con su mano derecha tomaba el periódico, mientras que con la izquierda se sostenía del bastón.

Ella rotó levemente su cabeza y lo miró en forma sostenida y con profundidad a los ojos a él. Se produjo un perfumado silencio. El señor ni por un instante se sintió incómodo, al contrario, esto reafirmó el pensamiento que tenía acerca de la mirada de la señora. Con esto pudo incorporar un elemento más a su análisis, el brillo de sus ojos era el de una persona muy joven, para nada se correspondía con el rostro de esta mujer.

Inmediatamente ella soltó el bastón, apoyándolo en la mesa, justo sobre el papel que le había entregado unos minutos antes al señor. Tomó con las dos manos el periódico, llevándolo a la altura de sus ojos como quien quiere empezar a leer. Al hacerlo él claramente pudo ver cómo se cambiaban los titulares del diario, aparecían noticias políticas, culturales, y sociales de principios de mil novecientos. A la vez todas éstas, continuaban rotando como si se tratase de un cuentakilómetros montado sobre el tabloide.

Así fue que, en un momento se detuvo, y el periódico quedó completamente en blanco y negro. Había una noticia de tinte social, que quedó frente a la vista del señor. Se trataba de la visita en Roma de la escritora sarda Grazia Deledda a la casa de la escultora argentina Lola Mora.

El rostro de la mujer permanecía completamente

tapado por el diario...

Desde esa posición le volvió a hablar al señor:

—Esperé muchos años este traspaso. Ahora tu eres el portador del “hilo”. Tienes una gran responsabilidad, estamos seguros que lo sabrás llevar muy bien. El vínculo ya está en marcha...llegó el momento de mi retiro.

—Me gustaría saber quién es usted.

—Como le prometí le firmaré el papel que le entregué antes de irme.

En ese momento el hombre se percibió empequeñecido, atribulado y tal vez subordinado por el destino.

Pero como un gran conocedor de sí mismo, sabía que había recibido, entre otros, el don de la calma, y venía de alguien muy experimentado. Él muy seguro de sí mismo, se sabía libre y feliz a la vez.

El perro de la señora que caminaba libre por bajo la mesa, lo distrajo con un ladrido. A continuación apoyó sus dos patas en su pantalón.

Él bajó la mirada y ensayó una caricia al animal.

Al mismo tiempo que él hacía esto, la señora ya había firmado el papel abajo de la frase que le había regalado. A pesar de eso, ella continuaba con el rostro tapado por el periódico como si estuviera muy metida en las viejas noticias.

Él hombre pidió permiso y se fue hacia la caja a pagar.

Cuando regresó, la mujer permanecía aún en esa misma posición de lectura. Lejos de quererla interrumpir, esta vez fue él quien ensayó una tos.

La mujer retiró el diario de su rostro, lo plegó y lo dejó a un costado.

Entonces él preguntó:

—¿La volveré a ver el próximo domingo?

—Tal vez...

Dicho esto, vio que el chofer había venido a buscar a la mujer.

—Ya me tengo que ir. Llegó mi hora

—Perdón el papel que me regaló. No lo veo, me dijo que me lo entregaría firmado.

—Lo verás cuando me vaya, está en el sobre que llevas en tu saco junto a la carta que recibiste.

También te dejo de regalo mi bastón. Ya no lo necesito.

Dicho esto, la mujer se incorporó. Le deseó suerte al señor. Tomó a su perro en brazos y se lo entregó al chofer, éste se adelantó y comenzó a caminar hacia el auto.

La mujer que ya comenzaba a irse, se volteó, miró por última vez al señor, esta vez con más ternura que antes. Él se le acercó dos pasos.

Se produjo un perfumado silencio.

Ella levantó su mano y le hizo un movimiento ondeante con cuatro dedos. Se volteó y comenzó su partida.

La mujer luego de atravesar el corralito, comenzó a transformarse en otra persona, notablemente más joven... a medida que caminaba su vestido se acortaba. Él la veía de espaldas y desde la mesa. Reaccionó como para alcanzarla, ella ya estaba junto a la palmera.

El hombre corrió hacia ahí, pero ya era tarde.

Una mariposa de gris tipográfico aleteo y la portó por los aires.

Voló alto y se perdió de vista por atrás del Bastión de Saint Remy. Él señor levantó sus manos para saludar a la mariposa. En ese momento sintió la ausencia del abrazo final. Hizo el gesto de abrazarse a sí mismo, al hacerlo, se palpó el sobre en el bolsillo interno del saco. Metió su mano lo extrajo y sacó el escrito de la señora. Ya estaba firmado por ella.

La firma era clara:

Grazia Deledda

(Amiga de Lola Mora)

Referencias: (1), (2) y (3) Extractos del texto “La madeja” del libro “*Palabras para Navegar*” de Bruno Cinellu.



Sgo
©
2024

DESIERTO

Las pocas personas que habían estado presentes en el sepelio, continuaban con sus barbijos colocados, ahora estaban distanciados unos de otros en la puerta del cementerio. En total eran seis, como marcaba rigurosamente el protocolo.

Otros que quisieron despedirse permanecían dentro de los autos estacionados, desde ahí todos saludaban con sus manos, o simplemente con sus miradas, a los dos familiares directos que pudieron venir a la íntima ceremonia.

Una viuda, esposa de un viejo amigo del difunto, junto a su hija se atrevieron a bajar de su auto, vinieron a abrazar al hijo del fallecido. Él no quiso ser descortés y aceptó el abrazo. Pero al primer contacto de una de ellas, es decir, cuando el primer rostro tocó el hombro de este señor, él sintió que bramaba. Las lágrimas de la mujer, ni llegaron a permanecer sobre la blanca camisa, el calor de su cuerpo hacía que todo se evapore al contacto.

Ahí él empezó a sentirse afiebrado... primero

no sabía distinguirlo, tal vez por todo lo vivido desde ayer, debido a los padecimientos y a la posterior muerte de su padre. A partir de este momento ya claramente lo diferenciaba...

Es como si después de enterrado su padre, a él le hubieran bajado las defensas en un solo golpe de cortina y en ese momento hizo efecto el virus.

Al comienzo de las despedidas, cuando todos se saludaban, y retornaban a sus hogares. Justo ahí, se hacían presentes, en ese momento un sobrino del difunto, junto a su mujer, estos se acercaron a los familiares directos que aun permanecían en la puerta de la necrópolis, y les propusieron, que a mitad del camino de retorno se detuvieran a tomar un café.

Otra vez, por no ser descortés, el hijo aceptó. Esta vez con cierta confusión porque hacía un minuto que él había logrado distinguir que lo que tenía era fiebre. Pero se dio margen para la duda... y emprendieron el camino hacia el bar.

El lugar donde habían quedado en encontrarse a tomar el café estaba todo encintado y las mesas muy distanciadas unas de otras. También había cortinas plásticas separando ambientes, y al ingreso sendos botes de un litro, conteniendo el alcohol para las manos, con sus respectivos y poco higiénicos aspersores.

La charla consolatoria del café para quien iba dirigida era solo un discurso a escuchar, para él hacía unos minutos, que había aparecido una nueva preocupación en su cabeza. Se preguntaba: “¿estaré infectado?”

Él recordaba ese abrazo final con el que despidió a su padre... a ciencia cierta nunca se supo si su padre estuvo o no infectado, lo cierto es que, los últimos días, fue consumido por alguna enfermedad.

Por como se presentaron las cosas, su padre, solo recibió atención médica a través del teléfono. Los médicos eran virtuales y las dolencias eran supuestas o definidas por descartes.

La desazón, invadía sus pensamientos y con toda la tristeza que debía atravesar, pensaba: “si mi padre me transmitió el virus, (con egoísmo lo digo), valió la pena, porque siento que ese abrazo final, fue una sonrisa para ambas almas”.

Ahora su conciencia le hablaba de un desierto...

Le ponía esa imagen de soledad y reflexión, pero no solo por él, sino por cualquiera que quisiera acercarsele.

Ahí en la mesa de café, nadie todavía había advertido su estado febril, y él sólo quería que transcurriera el tiempo, para hacer un amplio espacio. Ese momento pasó a ser una premisa de sus pensamien-

tos; él sabía lo que necesitaba: un desierto de cuerpo y alma.

Las cuatro personas que compartieron el café se despidieron poniéndose nuevamente los barbijos, pero habían estado a cincuenta centímetros de distancia alrededor de una mesa.

En fin...a veces la paranoia es paradójica.

Ahora ya viajaba manejando de retorno a su casa, iba con su mujer, su conciencia y su angustia.

Una vez más dudaba si era fiebre, o una tristeza inmensa que lo atropellaba.

En estos tiempos solo se hablaba de virus, de contagios, de reclusiones, de aislamientos y de muertes.

Ahora la muerte había llegado a la par, justo al alma hermana, era un adulto que quedaba huérfano, pasó como en un abrir y cerrar de ojos y ya estaba en otra dimensión, muchas veces pensada, pero nunca programada. Consolándose, se decía así mismo: ¡así es la vida...!, y suspiraba fuego nasal.

Con todo ese peso, llegó a su casa, fue directo al baño a darse una ducha fría.

Luego comenzó a sentir escalofríos. Se recluyó en la suite de su apartamento, encintó la puerta que vincula al living y desde adentro envió un mensaje al resto de su familia, diciendo que a partir de ese momento estaba recluso por sospechas y síntomas

de tener el virus.

Aquí comenzó su verdadero desierto.

Después de esa situación, su familia que se tuvo que atrincherar en el Estar diario de la casa, le manifestaba su preocupación, hablaban con él por teléfono, le sugerían una consulta médica telefónica.

En fin...

Él les pidió que lo dejaran descansar y lo hablaran recién a la noche. En el medio de su estado febril comenzó a recordar un viejo raconto que cuando era niño había escuchado de su abuelo. Éste le decía que a su vez el abuelo de éste o sea su tatarabuelo, había pasado por una peripecia, vinculada con los contagios y las pandemias en un viejo y pequeño pueblo europeo. En aquellos años nadie hablaba de virus, todos hablaban de peste. Le contaba que la gente se moría por las calles, que las mujeres de la época estaban algo más a salvo porque se recluían en sus casas.

Ahora él pensaba... de esto pasaron seis generaciones. Su familia había vivido la misma tragedia. Es decir, convivieron con el flagelo de un enemigo microscópico, que les quitaban lo que tenían, por lo que supo, se lo había llevado a su trastatarabuelo y ahora se lo acababa de llevar a su padre.

A pesar de esto, su genética resiliente, lo hacía

ser optimista. Sin embargo, él no pudo evitar que se filtrara el pensamiento, que le hacía suponer, que inevitablemente también estaría por vivir la misma suerte.

Así que recordó aquel relato, seguramente muy manipulado, porque a él le llegó de su abuelo y a éste de su propio abuelo.

Entonces me pidió permiso, y me dijo déjame este teclado... yo continuaré con el cuento.

...

A partir de aquí continuó escribiendo yo... Soy Francisco. Estoy en cama infectado...

Le tengo toda la confianza a este escritor, pero se, que él no podría contar como es vivir una pandemia seis generaciones después...

Digo esto porque aquel relato que yo escuché desde niño, lo soñé todas las noches en aquella época. Despertaba todo mojado de la transpiración, y sé que viví en aquel pueblito donde murió de PESTE mi trastatarabuelo

Puedo perfectamente recordar el olor nauseabundo de los cadáveres en descomposición en las

calles. Ahí había mezclados cadáveres de, caballos, perros, ratas, y humanos.

Hoy quiero escribir esto y a pesar de mi estado febril, (me acabo de controlar, tengo treinta y nueve grados de temperatura), sé que cuando alguien lo lea, por el momento en que fue escrito, lo pondrá en tela de juicio.

Sé perfectamente que no estoy delirando.

Sé que tengo el virus y que esto produjo en mí, este recuerdo que tenía olvidado... no quiero dejar pasar el momento y pretendo que permanezca escrito como un legado.

Sé que “viví” hace más de doscientos años en ese pueblo rural, sé que este escritor hablaba de mí, lo transporté a mi desierto y continué su relato.

Porque no me gustan las versiones antojadizas, porque sé que nadie se animará a escribir y hacerlo de manera creíble, que alguien que nació en 1970, también vivió en 1810, (no fue un sueño). Estoy completamente seguro que en 1982 cuando tuve mi primer “sueño”, me transporté en el tiempo, y hasta puedo dar pruebas de ello. Tengo una fotografía que capturé, con mi vieja cámara Konica de visor directo, por suerte fui precavido y la pude llevar en uno de esos viajes.

Ahí estoy, en una taberna, con el bisabuelo de

mi abuelo, días antes que lo mate la peste, compartiendo unos tragos de licor de Mirto... Lo curioso de esta foto...en este momento la tengo en mis manos, (la busqué para poder escribir con precisión algunos detalles).

Aquí estoy viendo algo que me sorprende. En la imagen, mi aspecto es el actual, y no como cuando tenía doce años en 1982. También es claro que a los doce años nunca había bebido nada de alcohol, pero recuerdo perfectamente haberlo hecho, no era un sueño, recuerdo ese sabor mágico, lo pude paladear al Mirto con mi antepasado.

Sé que en ese pueblo hablaba en otra lengua, pero no se cual, en ese momento (1810), mi abuelo no había nacido aun, yo estaba con sus antepasados viviendo la tragedia de la Peste, gracias al relato que mi propio abuelo me contó en 1982.

Lo cierto es que cuando estuve en 1810 en el pueblo, pregunté sin darme cuenta, por mi abuelo, que no había nacido aún, y nadie se sorprendió. Al contrario, me hablaron de él como la persona que transmitiría estas experiencias vividas en este difícil momento. ¿por qué durante cuarenta y dos años nunca me acordé de aquellos viajes? ¿Por qué me sucede ahora? Tendrá que ver el virus... En fin, tampo-

co nunca a nadie se lo había contado, en mi memoria esto estuvo borrado por completo hasta hace diez minutos cuando encinté la puerta que da al living.

Sé perfectamente lo que fue una pandemia mucho tiempo antes de que aquí comenzaran a hablar del tema.

Mientras escribo todo esto, en mi teléfono no paran de llegar los mensajes de condolencias...

Pero ahora estoy viendo otros dos que me angustian un poco más. En un grupo de compañeros, cuentan que David, el virtuoso asador del grupo, está muy comprometido con el contagio. Su situación es dramática, ya está completamente cianótico, los enfermeros del servicio de emergencias llevan cuatro horas en su casa, siguen junto a él, no lo pueden trasladar a ningún lugar porque los centros asistenciales están completamente abarrotados de gente infectada. El otro mensaje es del médico de la familia que ya se enteró que estoy aislado. Me pide que me controle la oxigenación... me dijo que, si era menos de 92%, que haga el favor, baje y me interne en el sanatorio de enfrente.

Me acabo de controlar y tengo 87%.

En fin, no haré caso a nada...

Prosigo escribiendo, creo que es lo mejor que puedo hacer, no puedo dejar de contar lo que vivie-

ron mis antepasados en esa época de peste. Siento que esto puede ser un aporte para el momento actual.

Soy el único testigo vivo de aquel episodio (breve pero trágico). Esto ya es contra reloj. Por primera vez siento que estoy muy cerca de la muerte...

Ahora entró en mi teléfono otro mensaje: David acaba de fallecer. Apagaré este aparato y trataré de ayudarle a este escritor a terminar con este cuento, no me tomaré más la temperatura, ni la oxigenación, eso me desconcentra.

Este desierto me trajo a mi lecho, el teclado de este escritor, me volvió a llevar a aquel pueblo que conocí hace cuarenta y dos años. Mejor dicho, hace cuarenta y dos años, estuve viviendo otros ciento setenta y dos, hacia atrás, pero en Europa, lejos de la Revolución de Mayo, a la par de mi familia, despidiéndome del tierno y rudo bisabuelo de mi abuelo. Hablé otra lengua, caminé en medio de la desolación, de la muerte, pero también vi como mucha gente se salvaba con las energías del afecto, con las fuerzas del amor, vi a mis propios parientes hacer lo mismo que hice hace dos días atrás al despedir a mi padre: Abrazar con el alma.

Eso tiene más valor que cualquier remedio, que

cualquier aislamiento.

La peste es el desamor, el no tener aliados amándote. La peste es la ignorancia, pero también la soberbia. La peste representa la miseria de las almas malignas.

Aprendí en aquellos viajes, que al enemigo microscópico, se lo enfrenta, con la magnificencia del positivismo y con la luz de las almas misericordiosas.

Eso es todo lo que hay que saber. Si te mata o no el virus, puede tener una explicación científica.

Lo humano, no es aislarse. lo humano es abrazarse contra los microbios y contra los Mega enemigos que a veces vienen y se instalan en nuestros pensamientos y son más poderosos que un ejército verdadero.

Ahora que escribo esto, advierto que este desierto, me podrá salvar o matar, dependerá como me aferre al amor.

A veces salvarse no es permanecer en este mismo lugar, a veces es oportuno viajar derrotando el pasado, o tal vez, porque no, cabalgar vencedor de la mano de él. Desierto maravilloso:

¡Gracias!

Francisco.

...

Al terminar esta frase... Francisco dejó el teclado sobre la cama y fue directo hacia la puerta que da al living. Ahí, quitó la cinta...

En ese momento entró un Niño como de unos doce años y le dijo:

“Vengo de 2090, quería conocerte, tu tataranieto me habló maravillas de vos.

*Sé como salvaste a la familia con un mágico abrazo.
También se como hiciste florecer un desierto”.*

4:42 ...LA HORA



4:42
Domenica 21 Luglio

Sejo
30
39

“4:42 ...a esa hora naciste vos”. Despertó exaltado de un sueño, y esas palabras todavía le retumbaban en su cabeza. Llevó la mano al teléfono que yacía al borde de la mesita de luz, comprobó que era la hora exacta que una voz le acababa de anunciar en su sueño. Este episodio era la repetición de otro que le había sucedido diez meses atrás, también durmiendo solo y muy lejos de su familia. En un momento se lo contó a su esposa que estaba del otro lado del océano, y ella le contestó que se trataba del “Reloj Biológico”. Él sabía que eso no era así, es más, estaba convencido, de que alguien se metía en su sueño. Aparte existía una incontrastable realidad. Su madre le había contado cuando era niño que él nació a esa hora exacta.

¿Qué representa el horario de nacimiento en la vida de una persona?

¿Tiene algún sentido la hora del nacimiento?

¿Cambia o modifica el posterior destino?

Él tampoco lo sabía... sin embargo entendía que

tenía que descifrar un mensaje.

Esto podía llevarle muchos sueños, o tal vez unos pocos desvelos. Lo cierto es que del sueño solo recordaba esa voz y lo que le dijo... que fueron idénticos ambos sueños, con una distancia de diez meses uno del otro.

Proponerse continuar el sueño o reencontrarse con el hilo conductor del inconsciente, no es tarea sencilla. Pero podría ser una forma de abordar la problemática.

Lo cierto que hoy todo el día se le presentaron en situaciones disímiles esos números de la hora, a todo lo llevaba al campo de las relaciones y las comparaciones.

También ahora le surgió una nueva idea, y es que el sueño nunca existió y lo que sintió fue la voz del subconsciente.

Entonces se preguntaba si el subconsciente, era vulnerable por otros.

¿Existirá una forma de protegerlo?

Porqué será que el subconsciente le quiso transmitir esa hora precisa y recordarle algo sucedido hace cincuenta y ocho años. Donde él en teoría no tenía desarrollada la conciencia.

Muchos interrogantes y el desafío de descifrar un mensaje.

Había pasado todo el día, y de nuevo en su casa, ya vencido por el sueño. Mentalmente dispuesto a reaccionar si volvía a escuchar esa voz... se durmió pensando en eso.

Esta vez no se despertó a esa hora... era ya de mañana cuando sintió que su perro le lamía una mano. Miró la hora en su teléfono eran las 9:05 hs.

Se incorporó de la cama, revisó su celular... le pareció raro no encontrar ningún mensaje de buenos días de los grupos de sus amigos.

Había un solo mensaje de un número desconocido, lo abrió, estaba vacío, la hora de recepción era las 4:42 hs.

Inmediatamente escribió:

—¿Quién sos? me enviaste un mensaje vacío a las 4:42 hs.

Se sentó a esperar si le respondían mientras acariciaba a su perro y bebía un vaso de agua que había permanecido tapado en la mesita de luz desde la noche anterior.

Nadie respondió.

Entonces dejó el teléfono sobre la mesa de luz, y se fue al baño. Al regresar le habían respondido el mensaje. Había una foto. La abrió, se pudo ver a sí

mismo durmiendo en su cama.

Lejos de asustarse o alertarse, casi sin pensarlo, tomó la iniciativa de llamar a ese número. Atendió un contestador que decía: “verifique nuevamente, está llamando a un número inexistente”. Ahora si, por primera vez, sintió una extraña sensación.

Afuera era un domingo lluvioso, de esos que invitan a prolongar la fiaca y la relajación...

Pero él sentía que su teléfono había logrado activar todos sus sentidos. Así que tomó un paraguas y sacó a pasear su perro y su adrenalina. Sin más que pensar, salió a caminar errático por el barrio. Al llegar al boulevard, el bar que está frente a los floridos jacarandás era como una invitación a hacer una pausa y desayunar. Se sentó adentro, en una mesa que da al ventanal de la ochava. Desde ahí meditaba y reflexionaba lo que le estaba pasando. Su cabeza no tenía ritmo de domingo lluvioso.

Pero casi sin querer buscó aplacarse mientras veía como su perro trataba de sacarse el chaleco.

Una camarera se le acercó y le preguntó si no quería que le colabore con el perro en sacar el chaleco...

Al volver su vista hacia la barra del bar, vio que el reloj de pared estaba parado Justo a la hora que lo desvelaba en su sueño. ¿existen las casualidades?...

se preguntaba mientras buscaba una mirada cómplice. Tal vez por ahí lo encontraba al subconsciente con forma de alguien. Se sentía observado todo el tiempo.

De repente como una ráfaga digital, entraron a su teléfono todos los saludos de buenos días, que había extrañado no ver al despertar. Un amigo de uno de esos grupos en forma privada le escribió:

—No dormiste nada, te vi conectado hasta cerca de las 5:00hs.

Se extrañó, revisó su celular... y casi sin querer, descubrió que la foto que había recibido fue tomada desde su propio celular a las 4:42 hs. Ahora sí que no sabía, si esto que estaba viviendo era un misterio, una fantasía, o tal vez un sueño.

Estaba muy confundido, pero sabía que para resolver esta situación, sólo había un camino, y era, enfrentarse a lo desconocido. Estaba completamente solo para la batalla contra el misterio.

Sabía que tenía que tranquilizarse y pensó en buscar en su propio subconsciente algún rasgo que le sirviese para hilvanar sucesos recientes, con los sueños, y también con sus elucubraciones.

Tampoco aislarse era una salida... así fue que se

le ocurrió comentar los sucesos con alguien.

Entonces se le ocurrió ver a un viejo amigo de la infancia que era un obsesivo de todo lo que tenga que ver con el paso del tiempo. Como el barrio, no deja escapar a nadie. Pagó el desayuno y salió raudamente por el boulevard hasta el edificio donde vive Marcos, su amigo.

Ya en su casa, le contó todo lo sucedido desde el primer sueño, diez meses atrás.

Marcos, le dijo déjame pensar un poco... (...):

—¡Tengo la solución!... pondremos cámaras en tu habitación.

—De acuerdo.

—Déjame hasta mañana y te las instalo.

—Perfecto! cómo hacemos?

—... déjame yo me encargo de todo.

Esa noche de domingo... otra vez peleó con su sueño y se durmió preparado para reaccionar si se tenía un súbito despertar a la hora de su nacimiento.

Pero un mensaje de buenos días de un amigo del grupo de ex compañeros le indicaba que ya era lunes. Lo despertó a las 6:10hs ... Ahora muy perseguido por los sucesos vividos con anterioridad, revisó minuciosamente en su celular los mensajes y las fotos... No había nada de nada. Tranquilo suspiró. Mientras su perro, ya estaba junto a él, esperando la primera

caricia de la mañana. Todo indicaba que sería un día normal de trabajo y para eso se preparaba. Desde su oficina la jornada transitaba normalmente. Marcos le mandó un mensaje diciendo que tenía todo listo para ir a hacer la instalación. Quedaron en verse al medio día, cuando él regresaba del trabajo.

Con todo instalado, Marcos le mostró cómo funciona el sistema y le explicó que quedaba todo grabado y podía ver desde su propio celular en el momento que lo deseara y la fracción de tiempo que sea de su interés.

Otra vez la noche se aproximaba, ahora su sueño estaba resguardado por la tecnología.

En un descuido de su lectura, quedó profundamente dormido y con el libro apoyado en su pecho.

Ya las, 6:10hs. Otra vez el saludo temprano del mismo amigo, lo despierta nuevamente...

Esta vez la curiosidad lo lleva a ver lo que registraron las cámaras. Se posiciona a las 4:40 hs. para ver paso a paso, qué sucede cuando llegan las 4:42 hs.

Con total estupor, pudo ver, cuando el reloj de cámara pasó de las 4:41 hs. a las 4:42hs. La pantalla se tiñó de un negro total e intenso, que se modificó recién a las 4:43hs.

Ahí, en ese momento, se lo volvió a ver a él, en la cama dormido, pero con su cuerpo rotado con res-

pecto a la anterior imagen de él grabada.

Parecía el principio de una pesadilla, esto lo ponía muy nervioso, no le gustaba de nada...

Por un instante pensó en llamarlo a Marcos, pero advirtió que era muy temprano.

Se paseaba por la habitación, se sentaba, se volvía a parar. Repasó las funciones de la aplicación, y curioseando descubrió que también se podía acceder a la grabación del sonido. Lo activó para verificar si se escuchaba algo...

Lo puso cuando comienza el cuadro negro, al iniciar el minuto cuarenta y dos... lo dejó correr. No escuchaba nada. Le dio más fuerte al volumen. Tampoco se sentía nada. De pronto, irrumpió seco el sonido de un llanto de un bebé recién nacido. Lo estremeció por completo.

En ese momento su visión quedó en negro. Sentía una inmensa necesidad de que alguien lo abrazase...

Su vista se enturbió y sin poder controlar, comenzó a lagrimear. No era angustia. Era un regocijo inexplicable (...pensaba: Soy yo cuando nací...).

Su cabeza ebullía... y mezclaba dos hemisferios que se diferenciaban marcadamente. Las ideas nobles y positivas por un lado. Tomando a ese llanto como un mensaje luminoso y del bien. (una nueva

vida). Pero al mismo tiempo, aparecía en su psiquis, la contradicción. Haciendo que se confronten las nobles ideas, con los pesados y malos pensamientos. Dudando si este mensaje tendría un significado contrapuesto al de la energía positiva que tiene un nacimiento.

Habían transcurrido un par de horas. (a él le parecieron cinco minutos). Evidentemente la meditación en la que estuvo sumido, fue profunda y permaneció en un plano atemporal. Recordaba que cosa fue lo que originó todo esto:

...despertar exaltado de un sueño, y luego dudar si era un sueño o era el subconsciente. Ahora tenía registrada una grabación de la voz de un llanto de recién nacido. Pero él prefería que fuese un sueño.

Pasaron más de treinta días.

Tuvo que viajar al otro hemisferio a reencontrarse con su familia. Por una reprogramación de la aerolínea, se modificaron los vuelos y su avión aterrizó puntualmente a las 4:42hs.

Con esta ya eran más de cien las coincidencias y casualidades que contabilizaba después de su segundo sueño. Nada lo sorprendía, y a todo lo tomaba con gracia.

Es más, se sentía renacido en cada “casualidad”.

Luego de retirar su maleta de la cinta transportadora, se dirigió hacia el hall del aeropuerto. Ahí, su familia lo esperaba... Las pasarelas y los pasillos le parecían interminables. No veía las horas de estar frente a la puerta que da al hall. Ya imaginaba el cuadro y ensayaba cada abrazo con cada uno.

Ahora la veía de cerca a las puertas corredizas que se abren con la proximidad. Hizo el paso justo, se abrieron las dos hojas. Brotaron instantánea y incontrolables lágrimas de sus ojos.

Buscaba a su familia con la mirada.

No había nadie, de nadie. Todo estaba desierto. Continuó avanzando en el hall. Sus lágrimas al caer al piso, retumbaban en el inmenso vacío de soledad que estaba inmerso. No había a quien preguntarle nada.

Ahora volvía a su cabeza la idea de que estaba en un sueño... Se frenó y decidió llamar a su esposa. Ella no respondía. Tampoco lo hacía su hija.

Volvió a avanzar y ya estaba por salir al sector donde se abordan los taxis. Atravesó esa puerta. Todo estaba desierto, no se sentía ningún ruido. ¿Será un sueño? Volvió a preguntarse.

Reingresó al hall... seguía todo vacío. Ni siquiera había alguna persona que llegó en su mismo vuelo.

Levantó la mirada, vio las pantallas que muestran las llegadas y salidas de los vuelos. En todas figuraban que los vuelos habían aterrizado y despegado a la misma hora.

¿Qué es esto?, se decía a sí mismo.

Volvió a tomar su celular...

Se le dio por revisar las cámaras de su habitación que ahora estaban a 13.000 km. Se veía todo negro y no tenían sonido...

En ese momento. Tal vez, por su particular, benévolo y apaciguado carácter. Decidió que había llegado el tiempo de meditar... No de salir disparando. De orar, no de odiar. De bendecir, no de maldecir.

Entonces, se dijo a sí mismo: “la hora en que nací”... Creo estar cerca de saber que me quieren significar con esto.

Ya sé que me quieren decir:

¿Cuántas veces agradecí estar vivo? ¿Cuántas veces agradecí que Dios me escogió para nacer?

Para mí esto es natural, se decía. Nunca antes lo agradecí de esa forma.

Recordó que en su teléfono había unos versos de agradecimiento a Dios que le mandó un amigo...

Al terminar de leer, sintió una inmensa sensación de alivio, su alma respiraba por él.

En el hall del aeropuerto, todo permanecía en

apariencia igual. Pero él se sentía totalmente renovado.

Tomó el teléfono que había quedado en la aplicación de las cámaras. La actualizó. Al hacerlo, se vio una imagen, la pantalla ya no estaba negra.

Había un bebé recién nacido en su cama.

Instantáneamente se abrieron las puertas correderizas del aeropuerto.

Al mismo instante entraron corriendo su esposa y su hija.

Se fundieron en un interminable y lacrimoso abrazo de amor.

PLATA URQUIZA

Se preparaba a ir a caminar como todas las mañanas. Para así llegar y poder dar sus clásicas dieciséis vueltas a la Plaza Urquiza. El atuendo colorido había hecho de Gerónimo, un personaje fácilmente identificable en el paseo de barrio norte.

Esta mañana, alrededor de las 6:00 hs. mientras se dirigía desde su casa a la plaza, notó algo extraño en el ambiente, (no era el de todas las mañanas). Simple cuestión de percepción.

Ya en la plaza, comenzó a extrañar los trinos mañaneros de sus aves amigas. Tampoco veía a los habituales concurrentes (caminantes, corredores, ciclistas y mascotas). De a poco el silencio y la quietud invadía con una inusual y estridente calma las arterias de barrio norte.

Gerónimo se ubicó en la esquina de Santa Fe y 25 de mayo, mirando hacia la calle sobre la propia vereda de la plaza. Allí comenzó con sus ejercicios de elongaciones antes de su rutinaria caminata. Mientras llevaba sus manos al tobillo derecho, sin-

tió que a sus espaldas un resplandor abrazaba la arboleda. Se incorporó rápidamente dándose la vuelta con un giro veloz. Al mirar por la caminería que diagonalmente desemboca en Avenida Sarmiento, se sorprendió al ver que el inmenso San Antonio del centro de la plaza estaba totalmente platinado. Era como si un spray de luna lo hubiese cubierto repentinamente.

Mágicamente atraído por el insólito paisaje, comenzó a caminar hacia el San Antonio. Mientras se dirigía, lo apabullaba la sensación sobrenatural de soledad... era algo sublime.

Sus pasos retumbaban, era el único sonido existente en toda la ciudad. Ya se había dado cuenta que no había ruido de motores, no circulaban los autos, ni los colectivos. Tampoco había visto a nadie desde que llegó a la plaza. Todo esto era muy extraño.

Al llegar al cantero del frondoso árbol se detuvo, o mejor dicho sintió que algo lo detuvo. Allí abajo de su follaje, sus zapatillas tomaban distancia del suelo, era como flotar a micrones del piso. No podía comprobarlo, pero lo percibía.

¿De qué se trataría este extraño baño plateado que recibió el árbol mientras él elongaba?

No lo pudo ver. Pero sintió el momento preciso cuando sucedió.

¿Qué sería esta novedosa sensación de estar flotando?

Gerónimo estaba absorto, su cabeza procesaba todo sin pausas, y comenzaba a ponerse nervioso.

Las primeras luces del amanecer, empezaron a dar más claridad al insólito paisaje.

Desde abajo del árbol, mientras un anaranjado e incipiente primer rayo de sol, dramatizaba la imagen del platinado y robusto San Antonio, dirigió su mirada hacia el frontispicio del Colegio Nacional. Se centró en los portones negros, que permanecían cerrados, y sin que pueda distinguirse ninguna presencia humana. Pero había algo que lo hacía seguir concentrado en esa porción de la fachada del Colegio...

Repentinamente a sus espaldas (es decir desde la misma esquina de donde vino caminando hacia el árbol), un sonido como si fuera un trazo en el aire, un zumbido seco, lo hizo volver a virar la vista. Al hacerlo no vio absolutamente nada distinto...pero al rotarse vio que la fachada del Colegio quedó íntegramente platinada, igual que el árbol central de la plaza, donde él aún estaba, y permanecía impávido.

El resplandeciente platinado del antiguo Colegio, daba la sensación de una obra moderna hecha con materiales metálicos o sintéticos.

Comenzó a caminar hacia el Colegio siguiendo la diagonal que lleva hasta la esquina de Muñecas y Avenida Sarmiento.

Los primeros pasos los dio con la instalada sensación de no tocar el piso con los pies, pero a medida que se distanciaba del árbol sus pasos volvían a ser normales.

Sobre el cordón de la plaza, dispuesto a cruzar de acera... volvió a sentir la misma atracción con la que se concentró en mirar los portones del Colegio. En esta ocasión su mirada se dirigía al Teatro San Martín. Cuando más concentrado estaba mirando las escalinatas que dan acceso al teatro; el resplandor que emanaba del edificio educativo, rebotaba e iluminaba al Teatro, como el efecto de un paraguas fotográfico...

Su vista se enloquecía. No podía distinguir si se trataba de una sensación óptica o lo que veía era lo que pasaba en ese mismo instante... Las escalinatas comenzaron a modificar sus proporciones.

Ahí advirtió que en ese momento el Teatro también había quedado completamente platinado.

Esto ya era mucho. Desde el cordón de la plaza, donde quedó petrificado y completamente obnubilado, llevó ambas manos hacia el entrecejo y haciendo una visera con ellas, se cubría del resplandor que

emanaban los edificios. A esta altura ya resultaba muy molesto, fijar la vista en forma directa, a cualquiera de los monumentos arquitectónicos afectados por este insólito baño de plata.

Con la vista fija en el piso, para evitar el resplandor, comenzó a cruzar la calle Muñecas, dirigiéndose hacia los jardines del Colegio Nacional.

Al poner los pies en el césped, levantó la mirada... sentía que estaba viviendo una fantasía. A pesar de que, en ningún momento dudó de la veracidad de todo lo vivido desde que salió esta mañana de su casa.

Se arrimó sigilosamente hacia uno de los muros del Colegio, quería tocarlos. Tenía esa sensación que al hacerlo algo cambiaría. Caminaba con una mano extendida, la otra aviserada y su mirada en el césped...

A menos de un metro de la pared del edificio sintió que sus pies se elevaban del suelo. Otro paso más y ya se sentía en las nubes, creía tener gravedad cero.

Finalmente estaba frente al muro. Retiró la mano derecha de su entrecejo y con las dos manos extendidas hacia adelante, rozó la plateada película que bañaba al edificio. En ese momento sintió unas irrefrenables ganas de abrazarse con el centenario

mampuesto.

Pero el muro pensó lo mismo que él... al sentir la proximidad de un mortal en un abrazo.

Entonces experimentó la calidez humana de un abrazo pero realizada por este muro, que al hacerlo, atravesó miles de historias de este glorioso Colegio Nacional.

El Abrazo lo elevó hasta arriba del antepecho de una de las ventanas de un aula.

Quedó parado ahí mismo, sintiéndose un elegido.

Miró hacia adentro. Desde el piso entablonado de pinotea y, por entre las juntas, emergían hacia arriba, cual si fueran rayos de luces... haces movedizos color plata. Al entrecruzarse en el aire, parecían ir formando algún dibujo.

Gerónimo observaba completamente absorto esta magnífica demostración de arte. Era el único testigo y el privilegiado espectador.

Los dibujos no terminaban de formarse. Cuando parecían ir definiéndose. Un haz cruzado cambiaba la morfología y todo volvía a otro plano en el que había que volver a imaginarse de que se trataba.

Esto le iba generando cierta ansiedad. Él sabía que esos dibujos deberían ser un mensaje que estás extrañas fuerzas trataban de darle.

En medio de tantos efectos visuales, y de tanto silencio. Irrumpió una música que claramente salía del edificio de enfrente. Venía del Teatro San Martín. Notablemente se podía oír una orquesta tocar. Al sentir esto, Gerónimo, giró su cuerpo y dirigió su mirada hacia el palacio cultural. Era claro que los sonidos provenían de ahí, pero la fachada permanecía inalterable, sin ninguna presencia humana y con su nueva fisonomía platinada.

Volvió a centrar su vista dentro del aula y hasta eso los haces plateados ya habían armado un conjunto de formas humanas.

Éstas, de a poco, parecían ir perdiendo la transparencia que quedaban evidenciadas en sus trazos lumínicos originales. Cuando se cruzaban entre ellas, quedaban consolidadas las partes yuxtapuestas, tomando un plateado más intenso. Digamos, que era algo así, como un color solidificado.

La música de la orquesta, ahora era reconocida por Gerónimo. Se trataba de: El Himno de la Alegría (de Beethoven).

Lo que parecían al principio dibujos de formas humanas con rasgos de transparencia en sus trazos, se estaban transformando en figuras humanas platinadas. Evidentemente también podían percibir los sonidos, porque acompañaban los movimientos con

la música producida por la orquesta.

De solo estar, se abrieron las puertas del teatro. El sonido ahora era más fuerte.

Gerónimo se sentía envuelto por la música. Ésta le generaba un estado anímico muy positivo. Le daba un empuje interno que elevaba, no solo la curiosidad por todos estos extraños sucesos, sino que sentía que todo lo que estaba viviendo, más allá de su misteriosa procedencia...eran fenómenos producidos por extrañas fuerzas.

También estaba seguro que su signo era netamente positivo. Se sabía convencido que “Alguien”, quería dejarle una enseñanza.

Esto, lo hacía sentirse, el único habitante en la ciudad capaz de atestiguar un mensaje sobrenatural, como el que estaba recibiendo.

...

A esta altura las figuras humanas plateadas que continuaban danzando en el aula, evidenciaban nuevos rasgos. Los trazos originales estaban completamente desdibujados y ya se habían transformado en robustos cuerpos.

Por momentos se sentía atraído por ingresar al teatro. Pero no quería perderse la evolución, de lo que originalmente fueron, haces surgidos de entre las juntas del suelo de madera...

Él apreciaba y rescataba una belleza sobrenatural en el sonido que venía desde el Teatro. Estaba tentado por cruzar la avenida Sarmiento e ingresar al coliseo. En un destello de vehemencia que no pudo controlar, saltó desde el antepecho de la ventana hacia el césped, y como si se tratara de una carrera cruzó a toda velocidad la avenida...

También subió las escalinatas corriendo, pero en el último peldaño, ya sintió que una fuerza lo elevaba del suelo.

En la Explanada, se tranquilizó, e ingresó a pasos lentos por las puertas centrales al foyer del Teatro.

El sonido evidentemente provenía de la zona del escenario.

En medio de la desolación, subió las escalinatas hasta el acceso a la sala. Desde allí movió con sus manos las cortinas, e ingresó. Adentro, estaba completamente a oscuras, no se distinguía nada de nada. El sonido se lo sentía muy potente y vivaz. Esto exaltaba las fibras más íntimas de cualquier mortal.

Se quedó parado y quieto, trataba en ese momento, que sus pupilas se habitúen a esta intensa oscuridad. Así fue que de a poco comenzó a distinguir el brillo de algún metal en el escenario; por ahora era eso, lo único apreciable nada más. Sin que todavía pudiera haberse dado hasta ese instante, la posibi-

lidad de haber visto alguna persona ejecutando un instrumento.

Retrocedió unos pasos, para buscar como abrir, en forma permanente, las cortinas de ingreso. De esa forma trataba de obtener luz natural a partir del foyer hacia la sala.

Cuando abrió las cortinas, se dio con el sector de acceso completamente atestado de estas figuras humanas, lumínicas y plateadas...

A medida que avanzaban, desde el foyer a la sala, éstas continuaban danzando el Himno de la Alegría.

Al llegar a este punto, Gerónimo, se sentía invadido por el misterio. Estaba viviendo algo nunca imaginado, algo que lo hacía pensar (“¿si la ciudad revive... quien me creerá cuando relate todos estos sucesos?”)... Él se sentía como si estuviera dentro de un cuento fantástico.

...

Ahora las figuras eran una multitud, no solo habían llenado el foyer del teatro, sino que se alineaban en una larga fila desde los portones mismos del Colegio Nacional.

La espectacularidad del sonido daba tintes dramáticos a esta imagen su realista.

Gerónimo ya no tenía espacio donde permanecer en el foyer...las figuras comenzaron a ingresar

a la sala. Él entró junto con éstas. Las cortinas de ingreso permanecieron abiertas y ahora había una cierta luminosidad en la sala. A esta se le sumaba el resplandor que emanaban las propias figuras.

Todas avanzaban por los pasillos hacia el escenario. Gerónimo se sentó en una butaca y advirtió que en el escenario sólo estaban los instrumentos. No había ejecutores, estaban sonando solos.

De solo estar... se encendieron la totalidad de las luces de la sala. Se podía ver que los palcos y galerías estaban repletos de personas, eran las mismas personas con las que desde la salida de su casa hasta el final de la caminata Gerónimo se saluda y se frecuenta a diario.

La orquesta hizo una pequeña pausa y comenzó nuevamente a ejecutar la obra de Beethoven. Esta vez, fue con la versión coral. Tronó la sala con el primer acorde y al coro lo ejecutaban todas éstas personas...que espeluznaron e hicieron lagrimear a su único espectador.

A medida que el canto avanzaba, las figuras volvían a tomar la forma de haces movedizos y plateados con que fueron concebidos. Desapareciendo entre las juntas de madera del Entablonado del escenario...

Mientras... la letra dejaba una implacable ense-

ñanza:

*...Ven canta sueña cantado
Vive soñando el nuevo sol
En que los hombres
Volverán a ser hermanos*

*Si es que no encuentras la alegría
En esta tierra
Buscala hermano
Mas haya de las estrellas...*

...

Terminó la obra y al caer los cortinados, un spray de luna cayó sobre Gerónimo. Éste levantó sus brazos, elevó su vista hacia el coro, y en gesto bíblico de agradecimiento sintió el profundo abrazo de todos.



Obra declarada de interés cultural por el
Vice Consulado de Italia en Tucumán



Este libro se terminó de editar en diciembre de 2024
Tucumán - Argentina



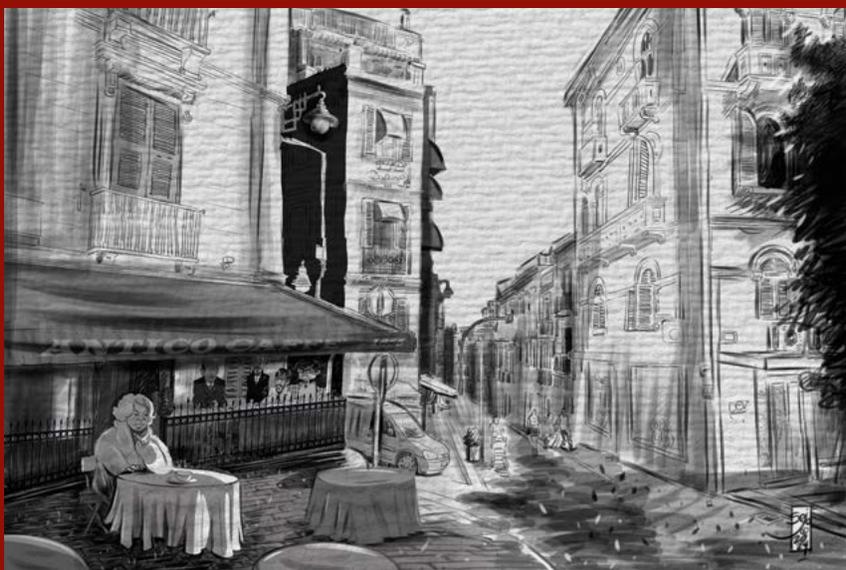
Sojo
20
24.
EAT

4:42 ...LA HORA

Los ocho magníficos cuentos que integran la obra es un triángulo formado por varios vínculos: autor y lector, lector y protagonista, protagonista y autor, más un eje inevitable desde su infinito poder llamado "tiempo", quien nos apela desde el título mismo de la obra: **4:42... la hora.**

Su autor nos ofrece páginas magistrales ligadas con el tiempo e indisolublemente unidas al espacio, a la filosofía, a la física cuántica, a las relaciones humanas en las que evocar, no es recordar, leer no es sólo poseer un texto, y (como bien lo sabían los antiguos bibliotecarios de Alejandría) la acumulación de saber no equivale a conocimiento.

Honoría Zelaya de Nader



Vice Consolato d'Italia
Tucumán



UNSTA
UNIVERSIDAD DEL NORTE
SANTO TOMÁS DE AQUINO